EL HIJO DE LA NIEVE.

Ramos Carrión

17

OBRAS EN COLABORACION DE LOS MISMOS AUTORES.

La viuda del Zurrador, parodia romántica en un acto y en verso, original.

Periquito, zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Rubio.

La ocasion la pintan calva, juguete cómico en un acto y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa.

¡Adios Madrid! boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

De tiros largos, juguete cómico en un acto y en prosa, arreglo del italiano.

La primera cura, comedia en tres actos y en verso, original.

La calandria, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí.

El hijo de la nieve, novela cómico-dramática en tres actos, en prosa y verso, original.

EL HIJO DE LA NIEVE,

NOVELA CÓMICO-DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS, EN VERSO Y PROSA,

ORIGINAL DE

RAMOS CARRION y VITAL AZA.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA el 21 de Marzo de 1881.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1881.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA BRIGADIERA	Srtas. Fernandez (D.ª D.).
CONSUELO	Gorriz.
MADAME FICHÚ	Sras. Calmarino.
LA SEÑORA BERNARDA	Fenoquio.
MARCELINA	Pastor.
CARLOTA	Lamadrid.
LA MARQUESA	García (D.ª Ant.)
DOÑA BLASA	Srtas. Muñoz.
MODISTA 1.ª UNA SEÑORA	Galindez.
MODISTA 2.ª UNA CRIADA	Trigo.
MODISTA 3.ª UNA JÓVEN	Villar.
MODISTA 4.ª	Gutierrez.
MODISTA 5.ª UNA JÓVEN	Bueno.
MODISTA 6.ª UNA CRIADA	Cancio.
MODISTA 7.ª	Fernandez (J.).
DON POLICARPO	Sres. Mario.
ANTONIO	Reig.
DON PEDRO	Guerra.
MEDINA	Aguirre.
UN CORNETIN UN CUALQUIERA UN LACAYO MELENDEZ UN CABALLERO	Rossell.
EL SEÑOR ORTIZ	Ballesteros.
GONZALITO	Rubio.
EL PRESTAMISTA EL GENERAL	Videgain.
FRASQUITO	Diaz.

PERSONAJES.	ACTORES.
NICOLÁS. LACAYO 2.°	MARTINEZ.
EL TROMBON. UN GUARDIA. UN SERENO. UN CABALLERO UN TESTIGO.	BARDO.
ESTUDIANTE 1.° UN CABALLERO.	LANDA.
ESTUDIANTE 2.° LACAYO 4.°	HEREDERO.
ESTUDIANTE 3.° UN DEPENDIENTE. LACAYO 3.°	MUZAS.
ESTUDIANTE 4.° LACAYO 5.°	LA HOZ.
UN CRIADO. UN SOLDADO. UN INSPECTOR.	FERNANDEZ.
UN SIMON. UN MÁSCARA.	RODRIGUEZ.

Estudiantes, señoras, caballeros, niños, músicos, máscaras y acompañamiento.

La música de los acompañamientos é intermedios ha sido escrita expresamente para esta obra por el maestro CHAPÍ. Las decoraciones de los cuadros 4.°. 10.° y 12.°, han sido pintadas por el señor MURIEL, y las de los cuadros 2.°, 3.° 6.°, 8.° y 9.°, por el señor DARDALLA.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

MADAME FICHU.

Teatro dividido.—Un lujoso taller de modista. Á la derecha la habitacion de las Oficialas que comunica con la llamada de *pruebas*. En esta un gran armario de luna, divanes y muebles propios del lugar. Al foro, balcon en ambas habitaciones, con visillos. Á la derecha, puerta que conduce á la calle. Es de noche. (1)

ESCENA PRIMERA.

Ocho Oficialas cosen al levantarse el telon, unas á mano, otras á la máquina. MADAME FICHÚ y MODISTA 3.ª en el otro cuarto, guardan en cajas varios trajes.

MODISTA 4.ª (Cantando.)

«Tengo yo un niño lloron
que se llama Nicolás...» etc.

(Laa otras canturrean tambien por lo bajo.)

---

(1) Por derecha é izquieada entiándase la del actor.

MODISTA 3.ª (Saliendo.) Oye, Marcelina: ¿has acabado de poner el fleco?

MARCEL. Ya hace dos horas: estoy pegando los botones.

MODISTA 1.ª Hija, ese es el vestido de las dificultades!

MODISTA 2.ª Invenciones de Madama: ahora le ha dado por los flecos!

MODISTA 1.ª Más vale que le dé por ahí.

MODISTA 3.ª Chica, que va á oirte!

MODISTA 1.ª ¿Y á mí qué?

MODISTA 2.ª (Á la 4.ª que vuelve á cantar.) Cállate, Patti.

MODISTA 4.ª Pues hija, puedes tú hablar, que cuando cantas pareces un pito del santo.

MODISTA 1.ª Las dos lo haceis bastante mal!

MODISTA 2.ª Miá tú quién habla!

MODISTA 1.ª Hablo porque puedo, que he sido *alunna* del Conservatorio.

MODISTA 2.ª Claro: y ademas tiene un novio que toca el violin.

MODISTA 4.ª Y que le da lecciones de solfeo. (Indicando pegar.)

MODISTA 1.ª Oye tú: de lo que me da lecciones es de piano y ya sé tocar dos polkas.

MODISTA 5.ª Claro! será un piano de esos de manubrio..

MODISTA 1.ª No señor, que es de cola.

MODISTA 2.ª ¿Con sobrefalda ó liso?

MODISTA 1.ª No tengo gana de conversacion.

«Tralarán; larán, etc.»

(Cantando la polka «*Touts en joie.*»

TODAS. Ah!... Ah!... Ah!... (Coreando.)

MADAME. (Desde la puerta del gabinete.) Señoguitas, señoguitas, hagan ustedes el favor de tener compostuga! Basta de güido! (Se retira.)

TODAS. Chisss!...

MODISTA 1.ª (Remedando á la Señora.) Ya lo oisteis; basta de *güido.*

ESCENA II.

DICHAS, GONZALITO.

GONZALITO. Buenas noches. ¿Está madame Fichú?

MODISTA 3.ª Sí señor: pase usted.

GONZALITO. (Despues de mirarlas con los lentes.) (Y son bonitas; pero muy bonitas!...) ¿Dónde?...

MODISTA 3.ª Ahí, en el gabinete. (Las Modistas se rien por lo bajo.)

GONZALITO. Gracias.—(Pero qué bonitas!) (Entra.) Madame...

MADAME. *En avant, monsieur,* adelante. ¿Qué deseaba usted?

GONZALITO. Soy sobrino de la señora de Castelpardo.

MADAME. Oh! Tengo tanto honor, señor de sobrino... Siéntese usted.

GONZALITO. *Merci.*

MADAME. *Et* su tia de usted *¿comment se porte elle?*

GONZALITO. Se porta bastante bien.

MADAME. Hace mucho tiempo que no tengo el gusto de verla por aquí.

GONZALITO. Está fuera: en sus posesiones de Villamatraca. Ha ido á la inauguracion de su chalet y me escribe invitándome á una cacería que se verificará en la semana próxima.

MADAME. ¿Caza mayor?

GONZALITO. Mayor y menor: lo que caiga. En la carta me dice que vea á usted con toda urgencia y le encargue una amazona de última novedad que quiere estrenar en la cacería.

MADAME. Oh! Se la haremos *de* seguida.

GONZALITO. Ella no me dice cómo la quiere: la deja al buen gusto de usted.

MADAME. *Merci, monsieur.*

GONZALITO. No hay de *cuá*, madame.

MADAME. Aquí está el último Figurin, que trae un modelo precioso, precioso! Vea usted.

GONZALITO. (Mirándolo despues de cogerlo.) Muy lindo es!

MADAME. Esta es la parte de adelante. Vea usted por detrás. (Gonzalito va á mirar la parte posterior del papel, volviéndolo.) No!...

GONZALITO. Ah! Sí!

MADAME. En este otro figurin, observe usted qué distinguido. *La derniere.* Sombrero Luis trece, cuerpo Luis ca-

torce, falda Luis quince, y cinturon...

GONZALITO. Luis diez y seis.

MADAME. No señor; el cinturon es Enrique octavo.

GONZALITO. Bueno.

MADAME. Se lo haremos, si á usted le parece, de color de liebre perseguida.

GONZALITO. Sí, es el color más propio para un traje de caza.

MADAME. Pues mañana mismo lo empezaremos.

GONZALITO. Advierto á usted que yo marcharé en cuanto pasen los dias de Carnaval, y estoy encargado de llevárselo.

MADAME. Descuide usted, que no faltaremos.

ESCENA III.

DICHOS, la BRIGADIERA.

BRIGAD. Buenas noches, niñas: ¿está la madama?

MODISTA 1.ª Sí señora; pase usted adelante. (Entra en el gabinete la Brigadiera.)

MADAME. ¿Quién? Oh, señora Brigadiera!

BRIGAD. Adios, madama.—Gonzalito! ¿Usted por aquí?

GONZALITO. Sí señora: he venido á un encargo.

BRIGAD. Pero, hombre, que nos hemos de encontrar en todas partes!... Ya le ví á usted anoche en el Real, en el palco de las de Guagua.

GONZALITO. Sí; siempre voy allí: como están abonadas á diario...

BRIGAD. Yo sólo tengo un turno par...

GONZALITO. Pues allí no nos vemos con frecuencia.

BRIGAD. Es que el turno, para mayor comodidad, lo hemos dividido entre varias familias: á mí me corresponde un mes sí y otro no.

GONZALITO. Ah! vamos!

BRIGAD. Y este año estoy en desgracia. Ya sabe usted lo que á mi me gusta Gayarre: pues, hijo, en lo que va de temporada, no me ha tocado más que una vez.

GONZALITO. Es un gran tenor!...

BRIGAD. Á mí me encanta! Qué manera de *hilar* las notas!...

GONZALITO. (Hilar. Ya extrañaba yo que no hubiera ...ltado alguna de las suyas!) Señora, con su permiso...

BRIGAD. Qué! ¿Se va usted ya?

GONZALITO. Sí, voy á comer á casa de la marque..a de Fuensaldaña y luégo á la *sauterie* de la baron..sa.

BRIGAD. Bueno, bueno: usted por lo visto, siem.. .. bulle..do entre la *higuelife.*—Hijo mio, es usted almíbar en punto.

GONZALITO. Sí. (Esta no olvida que ha sido confitera.) Adios, señora.—Madame, no olvide usted mi encargo. *Bon soir.*

MADAME. Oh! *Monsieur, restez tranquille, restez tranquille!*

GONZALITO. Adieu, madame. (Volviendo á mirar á las Modistas.) (Es que son muy bonitas!... pero muy bonitas!...) (Al abrir la manpara .. da un golpe contra ella.)

TODAS. Ay!

MODISTA 1.ª ¿Se ha hecho usted daño?

MADAME. *Qu'est que c'est ça?*

GONZALITO. Nada, no ha sido nada! Un *petit porrás. Adieu*, madame. (Váse.)

ESCENA IV.

MADAME y la BRIGADIERA en el gabinete.—Las Modistas continúan cosiendo y hablan de vez en cuando .. voz baja.

MADAME. *Et bien, madame ¿qu'est ce que vous voudrez? Je suis á vos ordres.*

BRIGAD. Ay, madama! á mí no me hable usted en francés porque no entiendo ni una jota.

MADAME. Oh! *Pardon, madame, ç'est l' habitude.* ¿Qué deseaba usted?

BRIGAD. Pues deseo que me haga usted un vestido de baile para pasado mañana.

MADAME. Oh! tan pronto...

BRIGAD. No hay más remedio: tiene usted que complacerme, lo necesito para asistir á la boda de la hija de Ortiz y Compañía.

MADAME. Eh?

BRIGAD. El banquero: usted le conocerá.

MADAME. Ah! Sí, precisamente don Luis Medina, el futuro esposo, ha encargado aquí todos los trajes para la novia. Hoy los he remitido á su casa.

BRIGAD. Bueno: pues el mio quiero que sea de novedad, pero al mismo tiempo no muy vistoso: en una señora viuda no están bien los trajes llamativos.

MADAME. Usted verá cómo lo quiere.

BRIGAD. De baile, ya lo he dicho.

MADAME. Bien ¿pero de qué clase?

BRIGAD. De primera clase.

MADAME. *Compri, compri...*

BRIGAD. Con prí? No sé lo que es, pero póngaselo usted.

MADAME. Vea usted los modelos, los más nuevos que vienen de llegar. (Enseñándole varios figurines.) Forma Dubarry, forma Maintenon y forma Pompadour.

BRIGAD. Este, este es el que más me gusta; el de la Pompadura.

MADAME. Lo haremos así. Y si á usted le parece modificaremos alguna cosa. Le pondré unas guirnaldas de yedra seca con unos caracolillos con los cuernecitos dorados.

BRIGAD. Bien, póngaselos usted.

MADAME. En el cierre del escote, sobre un pequeño *bouquet* de violetas, una mariposa esmaltada.

BRIGAD. Bueno, ponga usted la mariposa.

MADAME. Y las mangas las haremos más cortas, si á usted le parece.

BRIGAD. Sí, muy cortas, porque gracias á Dios, tengo unos brazos que se pueden ver.

MADAME. Pues nada, lo tendremos para pasado mañana.

BRIGAD. Y sepamos: ¿cuánto me va á costar ese vestido?

MADAME. Muy poquito. (Meditando.) Las guirnaldas... la yedra... la mariposa... los caracolillos... En fin, por ser para usted se lo pondremos en cuatro mil reales.

BRIGAD. Cuatro mil reales!... Señora madama, eso me parece carísimo!

MADAME. Oh! no! no!

BRIGAD. Oh! sí! sí!

MADAME. No puedo rebajar nada. Me parece que una señora Brigadiera...

BRIGAD. Sí, Brigadiera, pero de las clases pasivas. Si al ménos estuviera en activo servicio...

MADAME. Oh! es igual!

BRIGAD. ¿Qué ha de ser igual? Viviendo mi marido, á estas fechas sería yo tenienta generala y podría permitirme ciertos lujos; pero precisamente se murió cuando me hacía más falta, cuando íbamos á ascender. Y si al fin hubiera muerto en campaña, tendría yo ahora una viudedad más decente; pues no señor, se fué á morir de un pasmo. ¿Á qué militar se le ocurre morirse de un pasmo?

MADAME. Cierto: fué una mala ocurrencia.

BRIGAD. Y dada mi categoría, no tengo más remedio que alternar con cierta clase de gente; no voy á meterme en un rincon.

MADAME. Hace usted muy bien.

BRIGAD. Conque, á ver, madama, en cuánto quedamos?

MADAME. En los cuatro mil reales.

BRIGAD. ¿Nada ménos?

MADAME. Podré hacer alguna pequeña rebaja suprimiendo algunos adornos.

BRIGAD. Eso no; no suprima usted nada.

MADAME. Entónces...

BRIGAD. Confío en que me pondrá usted lo ménos posible...

MADAME. Sí; por el precio no hemos de reñir.

BRIGAD. No. (Por el pago será por lo que reñiremos.) ¿Cuándo vengo á la prueba?

MADAME. Mañana mismo.

BRIGAD. Pues adios, y hasta mañana.

MADAME. Adios, señora. (Acompañándola.)

BRIGAD. No se moleste usted.—Adios, niñas, buenas noches.

TODAS. Que usted lo pase bien, vaya usted con Dios.

BRIGAD. (Pues, señor, no sé de dónde voy á sacar estos cuatro mil reales!) (Váse.)

ESCENA V.

MADAME, MODISTAS.

MODISTA 1.ª Ya deben ser cerca de las ocho.

MODISTA 2.ª Cómo se conoce que te esperan!

MODISTA 1.ª Pues claro que sí. (Yendo al balcon.) De seguro hace media hora que está el infeliz plantado en la esquina. (Mirando á la calle.)

MODISTA 2.ª Lo que es para agente de órden público no tiene precio.

MODISTA 1.ª Ay, chicas!

TODAS. ¿Qué?

MODISTA 1.ª Que está nevando!

TODAS. De veras? (Levantándose.)

MODISTA 4.ª Ay, qué gusto! (Abandonan todas la labor y se agrupan junto al balcon.)

MODISTA 2.ª Mira, mira cómo cae.

MODISTA 1.ª Y el pobrecillo que estará paseando por ahí...

MODISTA 4.ª Hija, se te va á helar!

MADAME. (Saliendo.) ¿Qué es eso, señoguitas!

TODAS. Ay! (Volviendo á sus labores.)

MODISTA 1.ª Es que está nevando!

MADAME. Sea enhorabuena: ustedes no deben ocuparse más que en la costura.

ESCENA VI.

DICHAS, MEDINA.

MEDINA. Señora, buenas noches. ¿Cómo va?

MADAME. Oh, señor Medina!... pase usted, pase usted!... (Entra en el gabinete.)

MODISTA 2.ª (¿Este es el novio, eh?) (Hablan en voz baja durante toda la escena.)

MADAME. Tome usted asiento.

MEDINA. No, no: estoy muy de prisa. He recibido los trajes, que han sido muy del gusto de cuantas personas han tenido ocasion de verlos...

MADAME. Yo lo celebro mucho.

MEDINA. Y como partiremos para el extranjero en cuanto se realice nuestra boda, vengo á saldar con usted las cuentas pendientes.

MADAME. ¡Oh! ¿Qué prisa corría?

MEDINA. Por usted ya sé que no. Gracias.

MADAME. Buscaré las facturas. (Sacando una cartera en la cual busca las cuentas). Francamente, señor Medina, yo no creí que usted se casaría nunca.

MEDINA. ¡Pché!... Las circunstancias... el amor...

MADAME. ¡Oh! Es cierto. Ya sé que su futura de usted es una linda jóven y un buen partido.

MEDINA. Sí: su padre es uno de los banqueros más opulentos de Madrid; pero bien sabe Dios que no me ha movido el interés...

MADAME. Ya lo creo: una persona de la posicion de usted no necesita...

MEDINA. Felizmente, no.

MADAME. Aquí están las cuentas. Esta es la de los trajes de su futura. Vea usted.

MEDINA. Está bien. ¿Y las anteriores?

MADAME. Aquí están.

MEDINA. Démelas usted y liquidaremos. Estos son pequeños detalles de mi vida de soltero que conviene borrar completamente. (Así pudiera borrarlo todo.)

MADAME. Esa es de la señorita Marieta y esta otra la de la bailarina... de la...

MEDINA. Si, ya estoy. (Despues de ver la suma.) Conforme. Abonaré á usted el total. (Saca billetes de Banco.) Dos,

cuatro, seis, ocho... Ahí tiene usted. Sobran trescientos reales.

MADAME. Voy á devolvérselos.

MEDINA. No: déselos usted como propina á las oficialas.

MADAME. Merci en nombre suyo, señor de Medina.

MEDINA. Estamos en paz, ¿no es eso?

MADAME. Completamente.

MEDINA. Pues, adios, señora. (Dándole la mano.)

MADAME. Adios, señor de Medina. (Acompañándole.) Yo deseo á usdedes mil felicidades en su nuevo estado.

MEDINA. Gracias, señora, gracias. (¡Quiéralo Dios!)

MADAME. Y que sea eterna su luna de miel. (Despidiéndole desde la puerta.)

ESCENA VII.

MODISTAS y MADAME.

MADAME. Señoguitas, este caballero que acaba de salir me ha dejado para ustedes una gratificacion de quince duros...

MODISTA 4.ª ¿Á cada una?

MADAME. ¡Oh! ¡No sea usted ambiciosa! Para todas ustedes. El sábado al pagar la semana, daré á cada una lo que le corresponde.

VARIAS. Muchas gracias, señora.

OTRAS. Muchas gracias.

MADAME. Para satisfaccion mia y de ustedes, me ha dicho que los trajes que se han confeccionado aquí han gustado extraordinariamente.

MODISTA 1.ª Ya lo creo!

MODISTA 5.ª Bien puede estar satisfecha la novia.

MODISTA 1.ª Y á propósit. Hoy he encontrado á la Consuelo y me ha dicho que iba á venir á verla á usted para presentarle su novio.

MADAME. Tendré un gusto en ello. Consuelo ha sido una de mis mejores oficialas y la aprecio muchísimo. La infeliz desde que murieron sus padres sostiene con e producto de su trabajo á su abuelito, y su conducta debe servir á ustedes de ejemplo.

MODISTA 3.ª Buen marido se lleva!

MODISTA 1.ª Un gran chico!

MODISTA 1.ª Y muy formal!

MODISTA 3.ª Con su carrera concluida y todo.

MODISTA 1.ª Yo creo que van á ser muy felices. ¿No te parece, Marcelina? (Con intencion.)

MARCEL. ¿Yo qué sé? (Con sequedad.)

MODISTA 1.ª Lo digo porque tú debes conocerle bien: como está de huésped en tu casa hace mucho tiempo!...

MODISTA 2.ª Y como ántes de hablar con la Consuelo decías que te hacía el amor...

MARCEL. Á mí? Nunca he dicho semejante cosa.

MODISTA 2.ª Hija, qué mala memoria tienes!...

MODISTA 1.ª Pues claro que lo has dicho mil veces!

MARCEL. Os digo que no, y basta.

MADAME. Chisss!... Silencio, señoguitas. No debe de haber cuestiones entre las compañeras.—Ya es la hora: pueden ustedes recoger. (Se levantan todas y empiezan á recoger sus labores, poniéndose despues los abrigos y produciendo con la conversacion general ese ruido que caracteriza las derpedidas ne muohas mujeres.)

MODISTA 1.ª (Qué mal le ha sentado la indirecta!) (Á la Modista 2.ª)

MODISTA 2.ª (Tiene una envidia que se la come!) (Á la Modista 1.ª)

MODISTA 3.ª Sigue nevando.

MODISTA 5.ª Y yo que me he venido sin paraguas!

MODISTA 4.ª No faltará quien te acompañe.

TODAS. Buenas noches, señora.

MADAME. Vayan ustedes con Dios.

TODAS. Hasta mañana. (Váuse. Madame arregla las sillas y máquinas.—Óyese dentro el siguiente diálogo.)

MODISTA 1.ª Hola, Consuelo!

MODISTA 2.ª Adios, Antonio!

MODISTA 1.ª Que sea enhorabuena, hija!
MODISTA 3.ª Adios, don Pedro!
ANTONIO. Quedan ustedes convidadas todas.
TODAS. Muchas gracias!
VARIAS VOCES. Adios, adios!

ESCENA VIII.

MADAME, CONSUELO, luégo ANTONIO y D. PEDRO.

CONSUELO. Señora... (Desde la puerta.)
MADAME. Ah! Consuelo!... Adelante! Pase usted, pase usted.
ANTONIO. Muy buenas noches.
PRDRO. Servidor de usted, señora.
CONSUELO. Mi abuelo y mi novio.
MADAME. Tengo un verdadero placer en conocerlos. Tomen ustedes asiento.
CONSUELO. Esta era mi silla. Ni la desconozco ni la he perdido la aficion. (Se sientan. Pausa.)
ANTONIO. (Vamos, hable usted.) (Á D. Pedro.)
PEDRO. (Mejor es que se lo digas tú, porque yo no me atrevo.)
ANTONIO. Señora, en pocas palabras explicaré á usted el objeto de nuestra visita. Usted ya sabe mis relaciones con Consuelo. Quince dias hace que con el consentimiento de usted dejó de venir al obrador para ocuparse en los preparativos de nuestra boda, que se realizará en la semana próxima.
MADAME. Lo cual celebro mucho.
ANTONIO. Sé por Consuelo los muchos favores que ha recibido de usted y el cariño con que siempre la ha tratado...
MADAME. Justa recompensa á su buen comportamiento.
CONSUELO. Ah! ¡gracias!
PEDRO. Mil gracias, señora!
ANTONIO. Y hoy venimos á pedir á usted otro nuevo favor.
MADAME. Ustedes dirán.
ANTONIO. Señora: el abuelo será padrino de nuestra boda. ¿Tendrá usted inconveniente en ser la madrina?

MADAME. Todo lo contrario. Agradezco muchísimo la atencion y desde luégo acepto el honor que ustedes me hacen.

ANTONIO. Muchas gracias!

CONSUELO. Qué buena es usted!

PEDRO. Seremos dos buenos compadres. (En tono jovial.)

MADAME. Si ustedes hubieran pensado para ello en cualquier otra persona, yo me hubiera ofendido mucho.

CONSUELO. (¿Lo ve usted? Se hubiera ofendido.)

PEDRO. (¿Lo ves? Se hubiera ofendido.)

MADAME. Ante todo debo felicitar á usted por su buena eleccion. Ha sabido encontrar usted una excelente compañera.

CONSUELO. Por Dios, señora...

MADAME. No se ruborice usted. En los tres años que ha estado en mi casa, ni una sola vez me ha dado motivo para reprenderla. Es trabajadora, es cariñosa y es honrada.

ANTONIO. ¡Abuelito; que se le cae á usted la baba!

MADAME. Y en cuanto á este caballero, tengo noticias de que es en un todo digno de usted.

PEDRO. Sí, señora, sí que lo es.

ANTONIO. Don Pedro!...

PEDRO. Ahora me toca á mí hablar. Vamos, Antonio, no te pongas colorado. Aquí donde usted lo ve, es un hombre que ha concluido su carrera de boticario á fuerza de sacrificios y privaciones, y que es capaz de quitarse el pan de la boca por dárselo á quien lo necesite. Es un buen muchacho en toda la extension de la palabra: es el marido que yo soñaba para esta!

ANTONIO. Basta, ¡por Dios! Señora, el cariño que me tiene le hace exagerar. Yo no soy ni más ni ménos que un hombre como otro cualquiera. Huérfano y pobre salí de mi pueblo hace ocho años; el único pariente que me quedaba, un hermano de mi madre, tenía el propósito de casarme con una hija suya, que no despertó el amor en mi pecho. Mi negativa á aceptar aquel enlace, tornó á su padre en mi mayor enemigo: ni me auxilió en la desgracia ni quiso saber de mí,

hasta que Dios, despues de arrebatarle á su hija, an llamarle á su seno le tocó en el corazon y me dejó el herencia cuanto poseia. Sus bienes, que son algo considerables me permiten establecerme en mi pueblo con algun desahogo.

PEDRO. Si señora: vamos á poner allí una farmacia que será lo que haya que ver. Eh, Antoñito?... Yo ya se lo he dicho á estos... para no serles gravoso y ayudarles con mi trabajo, seré el mancebo de la botica. ¡Mire usted que un mancebo de setenta y dos años!...

CONSUELO. ¡El pobre abuelo no piensa en otra cosa!

MADAME. Es natural.

ANTONIO. Consuelo, estaremos molestando á esta señora...

MADAME. ¡Oh! De ningun modo.

ANTONIO. Damos á usted las gracias por su atencion y nos retiramos.

PEDRO. Ya vendremos á decir á usted qué dia es la boda.

ANTONIO. Creo inútiles los ofrecimientos. Disponga usted de mí como quiera, que yo tendré un placer en servirla.

MADAME. Gracias!

CONSUELO. Adios, señora!

MADAME. Adios, hija mia!

CONSUELO. Abuelo, abríguese usted, que hace mucho frio.

PEDRO. Adios, comadre. Aquí ya sabe usted dónde me tiene, y en cuanto estos se casen, diré como el otro: *Siempre en mi farmacia.*

LOS TRES. Buenas noches.

MADAME. Buenas noches. (Vánse los tres.) ¡Dios les haga felices, que bien lo merecen!

CUADRO SEGUNDO.

EL ARTE POR LOS SUELOS.

Calle corta.—Está nevando.

ESCENA PRIMERA.

D. POLICARPO, CORNETIN, TROMBON y FIGLE, que tocan dentro.

VOZ. Que callen ustedes!... que hay enfermo en la casa!...
POLICARPO. Vaya, pues que se alivie!
CORNETIN. Malditas enfermedades!
TROMBON. Valiente noche se presenta!
CORNETIN. Es natural, con el par de santos que hoy reza el almanaque.
TROMBON. San Lino y san Simplicio!
CORNETIN. No se encuentra un Lino por un ojo de la cara.
TROMBON. Ni un Simplicio.
POLICARPO. Simplicios si los hay, pero no celebran.
CORNETIN. Estamos divertidos los artistas!
POLICARPO. Nada, nada, compañeros; el almanaque necesita una reforma. Todos los dias del año debían ser san Ma-

nuel, san José, san Juan ó san Pedro.—Esos sí que son santos! Ya lo arreglaré yo cuando sea ministro de Gracia y Justicia.

TROMBON. Envidio tu carácter: siempre tienes buen humor.

POLICARPO. Es lo único que tengo; buen humor y aliento para soplar en el clarinete.

CORNETIN. Pues señor, bien; estamos frescos!

POLICARPO. Claro, hombre, claro: ¿no hemos de estar frescos con la noche que hace? Y sobre todo, yo que no tengo capa.

TROMBON. Y ¿á dónde vamos ahora?

CORNETIN. Al viaducto! Esta vida no puede soportarse!

POLICARPO. Paciencia, amigo mio, paciencia! Los tiempos hay que tomarlos conforme vienen.

CORNETIN. Es que vienen de una manera...

POLICARPO. ¿Qué adelantas con desesperarte, amigo Cornetin? Deja por un momento de ser instrumento de metal, dulcifica tu genio; piensa en que hay muchos séres mucho más desgraciados que nosotros.

CORNETIN. No es posible!

POLICARPO. Sí es posible!

CORNETIN. Te digo que no estoy conforme.

POLICARPO. Pero hombre, que nunca hemos de estar de acuerdo el Cornetin y yo! Ni cuando tocamos!

CORNETIN. Es que tú tienes una calma que irrita á cualquiera!

POLICARPO. Despues de todo, hoy no nos ha ido tan mal. En la nueva tienda de ultramarinos nos han dado medio duro.

CORNETIN. Es falso!

POLICARPO. Cómo que es falso? Á ver...

CORNETIN. Digo que no es cierto.

TROMBON. Han sido dos pesetas.

POLICARPO. Bueno, ocho reales; ménos da una piedra.

CORNETIN. Una piedra sí, pero me parece que un tendero de ultramarinos debía dar más. Dos pesetas por una mazurca, una habanera, un vals, el himno de Riego y el niño lloron...

TROMBON. Todo nuestro repertorio.

CORNETIN. Cinco piezas! No salen ni á dos reales!

POLICARPO Bien pagadas están; no debeis quejaros.

CORNETIN. Segun tú nunca hay motivo de queja!

POLICARPO. Nunca! Yo en medio de mis desgracias y para consolarme, recuerdo siempre aquellos versos que dicen:

«Cuentan de un sábio que un dia
tan pobre y mísero estaba, etc.»

CORNETIN. Eso será muy bueno para los sabios, pero lo que es para los murgistas...

POLICARPO. Siempre es aplicable. Que nosotros somos desgraciados; otros lo son más: que nosotros ganamos poco; otros ganan ménos.

TROMBON. Sí; que nosotros tocamos mal, otros tocarán peor.

POLICARPO. No, eso no: peor que vosotros es difícil que toque nadie. (Y que un artista como yo alterne con ellos!)

CORNETIN. Bueno, bueno: dejémonos de reflexiones y pensemos en lo que vamos á hacer.

POLICARPO Pues qué hemos de hacer! Continuar tocando.

CORNETIN. Á quién?

POLICARPO. Se me ocurre una idea. En la calle de la Corredera había dos zapaterías, una se ha cerrado esta mañana.

CORNETIN. Pues si se ha cerrado ¿á qué vamos allá?

POLICARPO. Á dar serenata á la que queda, porque tiene un competidor ménos.

CORNETIN. Está bien: todo se reducirá á que toquemos de balde.

TROMBON. Ay, compañeros! es que yo no tengo ni fuerzas para soplar.

POLICARPO. Hombre, que nos quejemos el Cornetin ó yo que llevamos la parte cantante, se comprende; pero tú que no haces más que... (Imitando con la voz el acompañamiento de trombon.) Eso es quejarse de vicio!

CORNETIN. Andando, que la noche no está para discusiones.

TROMBON. Bueno: vámonos con la música á otra parte.

POLICARPO. Música! (Á cualquier cosa llaman música estos desgraciados!) (Vánse.)

ESCENA II.

MEDINA y la SEÑÁ BERNARDA.

BERNARDA. Señorito...

MEDINA. Anda y no dudes. Yo me vuelvo por aquí. Voy á alquilar un carruaje.

BERNARDA. Le digo á usted que me parece peligroso.

MEDINA. No sé á qué vienes ahora con esos escrúpulos!

BERNARDA. Es que puedo comprometerme.

MEDINA. Habla bajo. No necesitamos que nadie se entere. Creo que de mí no puedes tener queja; te he dado cuanto me has pedido; por mí te ves libre de la causa en que estabas envuelta; favor por favor. Esta misma noche has de hacerlo.

BERNARDA. Si usted se empeña...

MEDINA. Es indispensable. No admito excusas!

BERNARDA. Hace pocos dias, á una mujer á quien sorprendieron en el acto de dejar uno, la llenaron de improperios y la maltrataron...

MEDINA. Hoy no debes temer ese peligro. La noche te favorece. Anda, pues, y confio en tu secreto.

BERNARDA. De eso puede usted estar bien seguro.

MEDINA. Pues si no lo estuviera, ¿te habría yo dado esta comision?

BERNARDA. Haré lo que usted me mande.

MEDINA. Recoge lo poco que haya quedado en el cuarto de esa desgraciada, véndelo y quédate con el importe.

BERNARDA. Muchas gracias. (Ya pensaba yo hacerlo.)

MEDINA. Y no olvides lo que te he dicho: para tí, desde ahora, soy una persona completamente desconocida.

BERNARDA. Descuide usted: como si no nos hubiéramos visto.

MEDINA. Buenas noches.

BERRARDA. Quede usted con Dios. (Si no fuera por lo que es, ya te haría yo pagar cara la comision?) (Váse.)

ESCENA III.

MEDINA y luégo GONZALITO.

MEDINA. Lo hará? Sí. Puedo estar tranquilo. El miedo me garantiza la discrecion de esa mujer. Ahora ya soy libre: mi pasado se borra por completo.—Y sin embargo... (Queda preocupado.)

GONZALITO. Adios, Medina.

MEDINA. Eh?

GONZALITO. Qué haces aquí?

MEDINA. Esperaba que pasara un carruaje...

GONZALITO. Lo mismo busco yo.

MEDINA. Pues vamos juntos.

GONZALITO. Cómo hoy en casa de la marquesa de Fuensaldaña y ya es la hora. Por qué no te vienes á comer allí?

MEDINA. No trato á la marquesa; apenas la he hablado cuatro ó cinco veces...

GONZALITO. (Qué tonto! Pues si yo la hubiera hablado cinco veces, no sólo iría á comer sino á almorzar.)

MEDINA. Allí va un coche desalquilado. Eh! Chist!... Para!... Te dejaré en casa de la marquesa.

GONZALITO. Bueno. (Eso es lo que yo quería!) (Vánse.)

CUADRO TERCERO.

LA INTRÉPIDA.

Sala corta. Un velador, y sobre él un quinqué encendido.

ESCENA PRIMERA.

NICOLAS, estudia con los codos apoyados sobre el velador y la cabeza entre las manos. Óyese dentro una jota que toca la estudiantina.

(Leyendo.) «El moquillo es una enfermedad que se desarrolla en las fosas nasales de algunos indivíduos de la raza canina... De la raza canina... En las fosas nasales... de la raza canina...» (Levantándose, leyendo en el libro y recordando lo que ha leido, alternativamente.) «Para el tratamiento de esta dolencia, están indicados en primer término los preparados de azufre. Los preparados de azufre... los preparados de azufre.»— Me parece que ya lo sé. Sí, ya lo sé, sí!—La raza canina es una enfermedad de los indivíduos... No, no es esto! El moquillo es una raza canina del azufre.— No, tampoco es esto.—El azufre es una enfermedad del moquillo...—Pues tampoco es así!—Caramba! Si con esa música es imposible estudiar! Y el profesor que me ha dicho que me preguntará mañana!... ¿Qué voy yo á contestarle?... (Se sienta y vuelve á leer entre dientes.)

ESCENA II.

DICHOS y MARCELINA.

MARCEL. Buenas noches, Nicolás.
NICOLAS. Ay, Marcelina! (Cómo me gusta esta muchacha!)
MARCEL. ¿Sabe usted si mi tia ha salido?
NICOLAS. Está ahí dentro viendo ensayar.
MARCEL. Y usted siempre estudiando.
NICOLAS. ¿Qué le voy á hacer? Mi padre quiere que á todo trance acabe este año la carrera, y me doy cada atracon de libros que ya, ya! Pero con el ruido que arma esa dichosa estudiantina es imposible aprenderse nada de memoria. ¿Querrá usted creer que hace más de una hora que estoy con el moquillo?
MARCEL. Sí? Pues que usted se alivie.
NICOLAS. Qué, ¿se va usted?
MARCEL. No quiero entretenerle.
NICOLAS. Espere usted un poquito. Ay, Marcelina!
MARCEL. ¿Qué hay?
NICOLAS. Pues hay que... (Ay! si yo me atreviera!...)
MARCEL. ¿Qué le pasa á usted?
NICOLAS. Oiga usted, Marcelinita. Este año acabaré mi carrera y para Mayo cogeré el título.
MARCEL. ¿El título de qué?
NICOLAS. De veterinario de primera clase. Á mí me hubiera gustado más otra profesion, pero como tenemos ganadería, mi padre dice que haciéndome veterinario puedo ser más útil á la familia.
MARCEL. Y puede que tenga razon.
NICOLAS. Pues bien: yo creo que con mi carrera concluida debo pensar en casarme.
MARCEL. Bueno, piénselo usted.
NICOLAS. Si ya lo tengo pensado.
MARCEL. Sí?
NICOLAS. Sí, Marcelina: hace mucho tiempo que tengo puestos

mis ojos en usted.

MARCEL. Ay, hijo! Pues póngalos usted en otra parte, porque yo no pienso en casarme por ahora.

NICOLAS. Si usted me diera al ménos alguna esperanza...

MARCEL. No hablemos de eso.

NICOLAS. Claro! Ya me lo figuraba yo! Á usted no le gusta más que Antonio!...

MARCEL. ¿Quién le ha dicho á usted ese disparate? (Es mucho empeño de todos!...)

NICOLAS. No? De veras? Entónces podré esperar...

MARCEL. No me gusta ni él ni usted? (Váse.)

NICOLAS. Pues señor, me he lucido! Y yo que esperaba que esta chica... (Cogiendo el libro y leyendo de pronto.) «El moquillo es una enfermedad...» (Música dentro.)

ESCENA III.

DICHO, DOÑA BLASA.

BLASA. Esta gente es capaz de quitar á cualquiera el mal humor. Está visto: yo he nacido para tener estudiantes. Ellos pagan poco, pero en cambio son la alegría de la casa.

NICOLAS. «Con los preparados de azufre...» (Repasando.)

BLASA. ¿Don Nicolasito?... ¿Pero es posible que se esté usted ahí quemando las cejas mientras todos se divierten? ¿No piensa usted formar parte de la comparsa?

NICOLAS. Yo bien quisiera, pero tengo mucho que estudiar.

BLASA. (Me parece que por mucho que tú estudies...)

ESCENA IV.

DICHOS, FRASQUITO, con gorro de zuavo y capa, y estudiantes con guitarras, violines, flautas, etc. Frasquito habla con acento marcadamente andaluz.

FRASQUITO. ¡Ea, compañeros, basta de música y á la calle todo el mundo!

VARIOS ¡Sí, sí, á la calle!

FRASQUITO. ¡Hola! (Á Nicolás.) Hipócrates de los irracionales, ¿en qué quedamos? ¿Vienes con nosotros ó no? Anda, hombre, anda; anímate. ¿No me ves á mí? El estudiar demasiado es de personas de poco talento. Al buen estudiante con los últimos dias de curso le bastan.

NICOLAS. Sí, le bastan para salir mal.

FRASQUITO. Calla, tontaina! Aprende de mi. Doce años hace que estoy estudiando medicina... pero... ¿por qué? porque tóos los años hago unos exámenes tan brillantes, que el tribunal, de gusto que le da, me hace que lo repita.

NICOLAS. (La verdad es que yo iría de buena gana... pero... no puede ser. (Sigue estudiaudo, levantando la cabeza cuando oye algo que le llama la atencion.)

ESTUD. 1.° Vamos, Frasquito, que es tarde.

ESTUD. 2.° Sí, vamos: es preciso inaugurar las salidas nocturnas.

ESTUD. 3.° ¿No esperamos á Antonio?

FRASQUITO. No, hombre, no; si ese con su boda está muy ocupado!... Ya me ha dicho que yo le represente.

ESTUD. 1.° Han llamado: puede que sea él.

BLASA. No, que es don Policarpo. ¡Huy! y ¡cómo viene!

ESCENA V.

DICHOS, D. POLICARPO, cubierto de nieve.

POLICARPO. «Oh jóvenes amables
que en vuestros tiernos años...»

TODOS. ¡Hola, don Policarpo!

FRASQUITO. Hombre, no le falta á usted más que un poquito de canela para ser un grande de leche merengáa.

POLICARPO. ¡Cómo están las calles, Dios mio! ¡Se pega cada resbalon!... Yo, por fortuna, desde la plaza de San Ildefonso hasta aquí no he dado más que cuatro caidas.

FRASQUITO. ¿Y dice usted por fortuna?

POLICARPO. Hombre, sí, porque he podido caerme veinte veces

ESTUD. 1.° ¿Y nos lanzamos á la calle con esta noche?

FRASQUITO. Pues claro que sí! ¿Quién dijo miedo? Por algo nues-

tra estudiantina se llama «*La Intrépida.*»

ESTUD. 2.° Tiene razon Frasquito. Hoy debemos dar serenata á todos los profesores.

VARIOS. Sí, sí, vamos!

FRASQUITO. No señor: á los profesores se les debe dar música cuando nos hayan aprobado; pero ántes de ninguna manera.

ESTUD. 1.° Bueno; pues démosela por lo ménos al decano de Medicina.

ESTUD. 2.° Ántes se la debemos dar al de Farmacia.

ESTUD. 3.° Pues yo creo que el de Ciencias la merece como los otros!

UNOS. No señor!

OTROS. Sí señor!

FRASQUITO. Eh! compañeros! Haya órden!... Sin órden no hay armonía y sin armonía no hay música posible. La estudiantina se resiente de falta de autoridad. Constituyámonos como es debido y no haya más voluntad que una.

POLICARPO. Dice bien don Frasquito. En el ensayo de anoche se resentían ustedes de eso mismo, de falta de unidad y de armonía.

FRASQUITO. Nada, nada! Es preciso constituirse formalmente ántes de lanzarnos á la calle. ¿Se aprueba la idea?

TODOS. Aprobada!

POLICARPO. Bueno: pues propongo como presidente honorario de «*La Intrépida*» al que con la filantropía y desinterés que le distingue nos adelantó veinte duros para los primeros gastos; á nuestro querido compañero el inteligente y distinguido farmacéutico don Antonio Mendoza.

TODOS. Aprobado! Aprobado!

FRASQUITO. Como presidente eféctivo, esto es, como única voluntad que debe dirigirnos, me atrevo á proponeros á una persona... que la modestia no me permite decir. ¿Se aprueba?

TODOS. Sí!... sí!...

FRASQUITO. Gracias!—Queda nombrado presidente efectivo el inteligente y distinguido alumno de medicina don Frasquito Andújar, servidor de ustedes.

BLASA. Es el mismo demonio!

FRASQUITO. Como director artístico honorario propongo al inteligente y distinguido músico don Policarpo Peregil.

POLICARPO. Perez Gil.

FRASQUITO. Bueno, es igual. ¿Se aprueba?

TODOS. Aprobado! Aprobado!

POLICARPO. Gracias, señores. (Aquí todos somos distinguidos é inteligentes!)

FRASQUITO. Propongo para el cargo de patrona honoraria...

POLICARPO. Sí; á la inteligente y distinguida doña Blasa...

TODOS. Bien! Bien!

BLASA. Qué cosas tienen estos chicos!

POLICARPO. ¿Qué quiere usted? Los chicos somos así.

FRASQUITO. Y finalmente, quedan nombrados postulantes los señores Lopez, García, Pelaez, Gomez y demas indivíduos de la estudiantina, sin que en el caso de inutilizarse pueda exigirse que salgan otros.

TODOS. Bravo!

FRASQUITO. Ah! Se me olvidaba lo más importante. Al cargo de presidente efectivo debe ir unido el de tesorero, en virtud de cuya decision, que tomamos por unanimidad, quedo encargado de manejar los fondos.

TODOS. Bien! bien!

UNOS. Bueno!

OTROS. Aprobado!

FRASQUITO. Señores, doy á todos las gracias por los inmerecidos cargos con que acabais de honrarme y admiro y aplaudo la espontaneidad de vuestros votos.

POLICARPO. Don Frasquito ¿sabe usted una cosa?

FRASQUITO. Qué?

POLICARPO. Que ha errado usted la vocacion.

FRASQUITO. Eh?

POLICARPO. Sí señor. Deje usted la medicina y dedíquese á la política. Hará usted carrera.

FRASQUITO. Todo se andará, don Policarpo: todo se andará! Conque, señores, en marcha. Vamos lo primero á dar serenata á mi novia de la calle de San Quintin: la pobrecita me ha regalado este gorro y creo que lo merece.

VARIOS. Bravo!

OTROS. Sí!

FRASQUITO. Luégo iremos á darle música á mi novia de la plaza del Progreso.

ESTUD. 1.° Pero, hombre!...

FRASQUITO. Hijo, si me está bordando una chaquetilla que es lo que hay que ver! En la espalda, y con trencilla dorada, mezclao entre los dibujos, me ha puesto en letra gótica: «*Te idrolato.*»

ESTUD. 2.° Bueno, pues iremos.

FRASQUITO. Y despues le daremos serenata...

ESTUD. 1.° Á otra novia?

FRASQUITO. Hombre, sí!... Á la que me está haciendo las polainas. La pobrecita no ha de ser ménos que las otras.

ESTUD. 1.° No, lo que es eso!...

ESTUD. 2.° Es demasiado!

VARIOS. Sí!

FRASQUITO. Bueno, señores!... No haya riña por eso! Estableceré el turno pacífico de los partidos. Hoy le toca al primer turno par... Novia de la calle de San Quintin! Andando.

UNOS. Vamos!

OTROS. Á la calle!

FRASQUITO. Hasta luégo, doña Blasa.

NICOLAS. (Que ha dejado de estudiar momentos antes y sale para coger el abrigo.) Esperadme, compañeros!

ESTUD. 1.° Qué?

FRASQUITO. Por fin te has decidío!...

NICOLAS. Sí! Ya estudiaré mañana!

FRASQUITO. Claro, hombre, claro! Siempre es mañana cuando se debe estudiar.

BLASA. Que ustedes se diviertan! (Vánse todos atropelladamen-

te. Doña Blasa los despide desde la puerta.)

POLICARPO. Adios, jóvenes!—Si la noche no estuviera tan mala, me iba con ellos. El contacto con la juventud pone mi sangre en ebullicion y parece que se me quitan de encima veinte años. ¿Por qué llegará uno á ser viejo? Vaya, me voy á la cama, que necesito mañana madrugar. Se abre una taberna en la plaza de Afligidos y voy á darle música con mis compañeros. ¡Qué despertar les espera á los vecinos de aquel barrio! (Óyese la música de la estudiantina que se supone toca en la calle y se aleja poco á poco. D. Policarpo, al compás del pasa-calle entra en su cuarto.)

CUADRO CUARTO.

¡POBRE NIÑO!

La plaza de Oriente completamente nevada. Música en la orquesta.

ESCENA PRIMERA.

Sale la SEÑÁ BERNARDA rebujada en un manton oscuro, bajo el cual lleva el niño en una canastilla. Se detiene de pronto y mira á todos lados con marcado temor.

Nadie! Nadie me ha seguido!
Si sospecharan que llevo...
Yo á ir hasta allá no me atrevo,
que el caso es comprometido.

Sí, dejarlo es preferible
en un lugar resguardado
del viento, bien abrigado...
Hace un frio tan horrible!
Eso es lo más conveniente
y así salgo del apuro:
siendo en un sitio seguro
y por donde pase gente,
álguien lo recogerá.
Tal vez se lo encuentre un rico
y haga fortuna este chico:
sí, sí, bien pensado está.
Con esto á nada se expone.
¿Por qué vacilando estoy?
Vienen los Guardias! Me voy!
Le dejo y Dios me perdone!
(**Váse rápidamente. Cesa la música.**)

ESCENA II.

DOS GUARDIAS de órden público que atraviesan lentamente la escena. GONZALITO por la izquierda.

GONZALITO. (**Muy abrigado.**)
Qué *roti*, qué *mayonesa*,
qué *puding* y qué *graten*!
Caramba, pero qué bien
da de comer la marquesa!
Y el marqués... lo que yo digo,
es un pedazo de atun:
un buen señor... Cataplun! (**Cayendo.**)

GUARDIA 1.° Cuidado! (**Pasando y sin detenerse.**)

GONZALITO. Gracias, amigo.
Pues señor, me estoy portando.
Qué cosa tan divertida?
Esta es la sexta caida.
Gracias á que caigo en blando!

Deliciosa está la noche!
Nada, y la nieve no cesa...
Bien podía la marquesa
haberme prestado el coche.
Estoy ya como un sorbete.
Me voy á tomar el té
con la baronesa de... (Se cae.)
Caracoles! Y van siete!
(Se levanta y váse.)

ESCENA III.

ANTONIO, con el niño bajo la capa. Los Guardias que pasean por el fondo.

ANTONIO. ¿Daré á los Guardias aviso?
No, me harían declarar,
¿y á qué me voy á mezclar
en tan grave compromiso?
Quédese el hecho ignorado
y así este infeliz se excusa
de ir á parar á la Inclusa
envuelto en papel sellado.
Qué infamia! Jamás creí
que hubiera almas tan odiosas.
Vaya un hallazgo! Estas cosas
sólo me pasan á mí!
—Qué hermoso! qué hermoso es!
Parece un ángel dormido.
Y no es un recien nacido,
lo ménos tiene ya un mes.—
Duerme, que si has de mirar
lo que en el mundo te espera,
¡infeliz! más te valiera
no volver á despertar!
Me mira! y se ha sonreido!
En su dulce expresion muda

me da las gracias sin duda
por haberle recogido.
Tal vez al mirarme advierte
que el cielo no le abandona,
y que soy yo la persona
que ha de velar por su suerte.
Pobre ser infortunado
que en mí un nuevo afecto crea, (Lo besa.)
acaso este beso sea
el primero que te han dado!
Ay! Va á llorar, y qué haré
si le ocurre alzar el grito?
No te aflijas, pobrecito,
que no te abandonaré.
Ya que el destino te entrega
al azar y á la ventura,
mi corazon te asegura
lo que tu madre te niega.
Tu inocencia no imagina
todo el amor que hay en mi!
(Óyese lejana la música.)
Esa música... Sí, sí!
Son ellos! Mi estudiantina!
(Embózase y espera la llegada de la estudiantina.)

ESCENA IV.

DICHO, FRASQUITO, NICOLÁS y ESTUDIANTES que entran en escena formados como suelen recorrer las calles.

ANTONIO. Alto, compañaros?
VAAIOS. Qué? (Cesan de tocar.)
NICOLAS. Si es Antonio!
FRASQUITO. El presidente!
VARIOS. Adios, chico! (Rodeándole.)
FRASQUITO. Hola, valiente!
(Yendo á abrazarle.)

ANTONIO. Eh! No os acerqueis! (*Conteniéndole.*)
FRASQUITO. Por qué?
ANTONIO. ¿Sabeis lo que llevo aquí?
FRASQUITO. Qué llevas?
ANTONIO. Vamos, apuesto
á que no acertais qué es esto?
ESTUD. 1.° Qué es?
ANTONIO. Un niño. (*Desembozándose.*)
TODOS. Un niño!
ANTONIO. Sí.
(*Acércanse todos á mirarle.*)
FRASQUITO. Pues es verdad!
ESTUD. 1.° Qué aventura!
FRASQUITO. Chico, me quedo atontao;
pero de dónde has sacao
esta pobre criatura?
ANTONIO. Venía hácia aquí; observé
un bulto sobre la acera;
me aproximé á ver lo que era
y con esto me encontré.
ESTUD. 2.° Qué madres!
ESTUD. 3.° Y hay quien se atreve...
NICOLAS. Caramba, y de quién será?
FRASQUITO. Pues hombre, bien claro está:
este es hijo de la nieve.
ANTONIO. La nieve es su madre, sí:
bien prueba que no hay calor
en su alma, ni fe ni amor
al abandonarlo así.
NICOLAS. Dejarle con este frio!...
ANTONIO. Perdon de Dios no merece.
NICOLAS. (*Que se acerca á mirar el niño.*)
Ay! y cómo se parece!...
VARIOS. Á quién?
NICOLAS. Á un sobrino mio.
FRASQUITO. Tiene cara de tunante!
Y es muy guapo, sí señor!

Si fuera un poco mayor
le haciamos postulante.

ANTONIO. Vamos, que el tiempo se pasa
y estar aquí no conviene.

FRASQUITO. Nos llevaremos el nene?

ANTONIO. Pues claro; con él á casa!

ESTUD. 1.° Apruebo tu decision.

FRASQUITO. Todos le prohijaremos.

TODOS. Todos, sí!

FRASQUITO. Y procuraremos
darle buena educacion.

ANTONIO. Á este ser desheredado
hoy nuestro amor apadrina.
Niño, duerme confiado;
ya una madre has encontrado...
¡Tu madre es la estudiantina!

(Se forman como á la salida. Los postulantes rompen la marcha: Antonio tras ellos y detrás los músicos. Vánse tocando. Nieva copiosamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO QUINTO.

M. R. W.

La misma decoracion del cuadro tercero.

ESCENA PRIMERA.

D. POLICARPO, ANTONIO y FRASQUITO, junto á la cuna donde duerme el niño.

LOS TRES (Cantando.)

«Duérmete, niño mio,
que viene el coco,
y se lleva á los niños
que duermen poco.

(Antonio mece la cuna: D. Policarpo con el sombrero puesto y tocando el clarinete y Frasquito contempla al niño.)

ANTONIO. Ya se ha callado.

FRASQUITO. Don Policarpo, ¿verdad que es un chiquillo precioso?

POLICARPO. Sí que lo es: y con unos pulmones envidiables! Yo

anoche, cuando le oí llorar desde mi cuarto, como no sabia nada de lo ocurrido, me devanaba los sesos diciendo: «Pero, señor, ¿quién habrá dado á luz en la casa?» Lo que ménos esperaba era encontrarme con este nuevo huesped.

FRASQUITO. Pues sí señor; ahí lo tiene usted tan campante. Reconózcalo usted...

POLICARPO. Que lo reconozca?

FRASQUITO. Como un nuevo servidor.

POLICARPO. Ah! Eso sí! Ya lo creo! Y advierto á ustedes que yo no quiero ser ménos que los demás. Algo he de hacer por el chico. En cuanto esté en disposicion de aprender música, le enseñaré á tocar el clarinete.

FRASQUITO. Bonito porvenir!

POLICARPO. Y tendrá una gran embocadura! Observe usted, observe usted cómo coge el biberon!

FRASQUITO. Pero señor don Policarpo, ¿tan poco aprecio tiene usted al chico que quiere convertirlo en un murguista?

POLICARPO. Eh! Poco á poco, señor don Frasquito! Si desde hace algun tiempo me gano la subsistencia tocando al aire libre, no es porque sea un musiquíllo de poco más ó ménos. Aquí donde usted me ve, yo he sido primer clarinete de regimiento, primer clarinete del Teatro Español y primer clarinete de capilla.

FRASQUITO. Vamos, sí; ha sido usted clarinete por lo militar, por lo civil y por lo eclesiástico.

POLICARPO. Sí señor; y la prueba de que todavía conservo mi mérito es lo que hoy me ha ocurrido. Oigan ustedes.

ANTONIO. Qué es ello?

POLICARPO. Esta mañana me hallaba en la plaza de Afligidos con mis compañeros de infortunio que afligían al vecindario con sus acostumbradas desafinaciones, cuando de repente oigo una voz que dice á mi espalda. «Policarpo!... Tú aquí!»—Era un antiguo amigo, violin muy notable que se ha dedicado á director de orquesta y á quien yo no veía hace muchos años.—

«Celedonio!»—exclamé con cierto rubor, al verme sorprendido infraganti.—«Tú aquí!»—Repitió, como no dando crédito á sus ojos.—«Tú murguista! Tú!... una de nuestras primeras embocaduras!»—Yo seguía ruborizado y mis compañeros sorprendidos.—«Cruzaba por allí—continuó Celedonio,—cuando entre las discordancias de esa mazurca que tocabais, llegaron á mi oido las afinadas notas de tu clarinete. Yo conozco ese tono,—dije;—me aproximo y veo que eres tú.»—Sí, amigo mio,—le repliqué profundamente emocionado;—las circunstancias me han traido á este extremo.—Vente conmigo,—exclamó;—para tí hay siempre un lugar en mi orquesta.»—Le dí un abrazo, me adelantó lo necesario para comprarme un traje negro y esta noche volveré á rendir culto al verdadero arte, tocando en una gran reunion. Ya no me verán ustedes arrostrar los peligros de la intemperie, ni seré cómplice en esos atentados musicales contra la tranquilidad pública.

ANTONIO. Que sea enhorabuena.

FRASQUITO. Yo tambien felicito á usted, señor Pere-Gil.

POLICARPO. Perez, hombre, Perez; no se coma usted la *z*!

FRASQUITO. Está bien. Pues ná: reconocido el mérito artístico de usted, queda nombrado profesor de cámara de la criatura.

POLICARPO. Acepto el cargo desde luégo.

FRASQUITO. Chiquirritin de la casa!... aquí tienes á tu maestro.

POLICARPO. Ay! Cómo me mira!... cómo me mira!...

ANTONIO. Y se ríe!

FRASQUITO. Es del sombrero de copa.

POLICARPO. Puede! Me compraré otro.

ANTONIO. Ea! Á dormir, caballerito! (Arropándolo.)

POLICARPO. Es obediente. Ya está cerrando los ojos.—Sí, abrigarle bien, que la mañana está muy fria.

ANTONIO. No se figurará su madre que está tan bien cuidado!

POLICARPO. Valiente madre!—Y digan ustedes: ¿no se le ha encontrado al chico ninguna señal por la cual pueda

descubrirse algun dia quiénes son sus padres?

FRASQUITO. Calle usted, hombre! Pero usted cree que esta es una criatura de comedia, de esas que traen al cuello un medallon con un letrero misterioso, una fecha y un retrato de su papá?

POLICARPO. Hombre, no digo eso!

ANTONIO. Las ropas en que estaba envuelto son lo único por lo cual debemos suponer que sus padres ocupan una posicion desahogada.

POLICARPO. Efectivamente: estas telas no las gastan los pobres.

FRASQUITO. Ni unas iniciales bordadas con tanto primor.

POLICARPO. Ah! La ropa está marcada!

FRASQUITO. Claro que sí! Pero vaya usted á averiguar por unas simples iniciales... el nombre de cualquier indivíduo!

POLICARPO. Sin embargo... Á ver, á ver...

ANTONIO. M. R. W.

POLICARPO. Hombre, hombre... esta doble *V*... no me huele á español.—Este niño es hijo de algun inglés.

FRASQUITO. De algun inglés? Efectivamente, yo los tengo de *P* y *P* y *W*.

ANTONIO. No pensemos en averiguar quiénes sean sus padres. Me costaría gran trabajo el desprenderme de él. Parece mentira que en tan pocas horas se tome cariño á un arrapiezo semejante! Y qué sorpresa va á tener mi novia cuando hoy mismo la diga que aún no nos hemos casado y ya tenemos un hijo!

POLICARPO. Pero ¿usted piensa llevárselo?

ANTONIO. Pues ya lo creo! La Providencia lo ha puesto á mi paso y... por algo lo habrá hecho la Providencia.

POLICARPO. Eso es verdad: por algo la Providencia me ha llevado á mí está mañana á la plaza de Afligidos.

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA BLASA.

BLASA. Ya estoy de vuelta. La vecina me ha dicho que no tiene inconveniente en criar al niño y que bajará en seguida.

ANTONIO. Está bien.

FRASQUITO. Ya tenemos nodriza. Es decir, ya la tiene el chiquillo.

ANTONIO. Llevémoslo á mi habitacion.

POLICARPO. Sí, que duerma tranquilo hasta que vengan á darle de almorzar.

FRASQUITO. Andando. Coja usted por ahí.

POLICARPO. Bien puedes estar orgulloso, chiquitin. Las ciencias y las artes velan tu sueño. (Vánse los tres con la cuna y el niño.)

ESCENA III.

DONA BLASA y luégo NICOLÁS.

BLASA. Jesús!... criatura más mimada con dificultad se encontrará en Madrid! Todos los huéspedes se me han convertido en niñeras!

NICOLAS. (Que entra con el libro debajo del brazo.) Hoy me divide el profesor.—Esta leccion no me entra en la cabeza. —Adios, doña Blasa.

BLASA. Qué! ¿Se va usted á clase, don Nicolasito?

NICOLAS. Si señora. (Suena la campanilla.)

BLASA. Ah! Llaman.

NICOLAS. Yo abriré al salir. Hasta luego. (Recordando la leccion.) «El moquillo es una enfermedad de la raza latina... digo canina.»—Lo dicho, hoy me dividen! (Váse.)

ESCENA IV.

DOÑA BLASA y luégo D. PEDRO.

BLASA. Pobrecillo! Á aplicado ninguno le gana, pero á bruto tampoco.

PEDRO. (Dentro.) ¡Adios, don Nicolasito! Buenos dias, señora.

BLASA. Para servir á usted.

PEDRO. Don Antonio Mendoza, ¿está en casa?

BLASA. Sí señor, en su habitacion. ¿Quiere usted que le pase recado?

PEDRO. Si señora; haga usted el favor: aquí le espero. Dígale usted que no tengo prisa.

BLASA. Está bien.

PEDRO. Gracias. (Váse Doña Blasa.)

ESCENA V.

D. PEDRO.

Nada, no lo creo. Este muchacho es incapaz de habernos engañado! Ademas, quién se fia de los anónimos!... Sólo esa chiquilla que no conoce el mundo ni sabe que hay gente de muy mala intencion. Yo ya se lo he dicho: iré si quieres á enterarme, pero tengo la seguridad de que todo esto es una calumnia. Hecha un mar de lágrimas se ha quedado la pobrecilla. Como le quiere tanto y este es el segundo anónimo que recibimos... En el primero sólo le decían cariñosamente que no se fiase de Antonio, porque la engañaba, y que quizá algun dia pudieran darla pruebas de su infidelidad; pero en este que acabamos de recibir, las afirmaciones son mucho más graves. (Sacándolo y leyéndolo.) «Consuelo: Te he dicho ya que Antonio es un infame.»—El infame es quien ha escrito esto!—«Has de saber que tiene un hijo »—Mire usted que decir que tiene un hijo!—«Para que tú le

aceptes sin sospechas, ha inventado la farsa de que se lo ha encontrado en la calle. De esta manera piensa tener á tu lado al fruto de sus amores con la única mujer á quien él quiere en el mundo!»—No se puede dar una calumnia más miserable! Pero es natural; la pobre chica mientras él no vaya á tranquilizarla está medio muerta!... Á mí estas cosas no me hacen impresion. En seguida me fio yo de tales cartitas!... El sinnúmero de ellas que he recibido yo cuando era jóven!... Como tenía tanto partido con las mujeres y andaba siempre en trapicheos, no pasaba semana sin que recibiera dos ó tres anónimos en que me decían si Fulanita ó Zutanita hacían esto ó lo otro; y es claro! siempre eran invenciones, puras invenciones de las despechadas. Recuerdo que estando para casarme con una alicantina preciosa que me tenía medio loco, recibí una carta en que me decían que me la pegaba con un teniente de la guardia, y resultó que no había tal teniente! Que era un alferez de coraceros! En fin, que no puede uno fiarse de los anónimos. Y de este ménos que de ninguno. Decir que Antonio tiene un chiquillo! Jé! jé! Vamos, es cosa de tomarlo á risa.—(Llora el niño dentro.) Eh! Caracoles! Por ahí dentro llora una criatura! Bah! Será de la patrona... ó de cualquiera.

ESCENA VI.

DICHO, ANTONIO.

ANTONIO. Abuelito! Usted por aquí!... Ocurre alguna novedad?...

PEDRO. No; ninguna!

ANTONIO. Qué visita tan agradable y tan inesperada! (Abrazándole.)

PEDRO. (Es lo más cariñoso y lo más bueno!...)

ANTONIO. Vistiéndome estaba para ir á casa de usted. (Llora el niño.) El pobre chiquitin se impacienta por la nodriza...

PEDRO. Oye, oye: de quien es ese niño?

ANTONIO. Esa niño?... Se va usted á quedar asombrado cuando lo sepa.

PEDRO. Qué dices?

ANTONIO. Ese niño... es nieto de usted!

PEDRO. Cómo?

ANTONIO. Como si dijéramos, hijo mio!

PEDRO. Antonio!

ANTONIO. Já! já! já!

PEDRO. Te ries?

ANTONIO. Pues claro! Gozo al ver la sorpresa de usted, porque calculo por ella la que voy á dar á Consuelo cuando le diga lo ocurrido.

PEDRO. (Dios mio de mi alma!)

ANTONIO. Seguro estoy de que usted y ella aprobarán mi conducta.

PEDRO. Pero ¿de qué se trata? (Ay! tengo el corazon como una devanadera!)

ANTONIO. Volvía anoche á casa despues de acompañar á ustedes á la suya, cuando cerca de la plaza de Oriente, abandonado sobre la acera y expuesto á los rigores de la nieve, me encontré nn pobre niño que apenas contará un mes de vida.

PEDRO. (Vírgen santa!)

ANTONIO. Lo recogí en mis brazos, le dí calor sobre mi corazon y me lo traje á casa, salvándole del desamparo y de la muerte.—Esa infeliz criatura, hijo inocente de la vergüenza ó del crímen, encontrará en nosotros el cariño que le han negado sus padres.

PEDRO. (Era cierto, Dios mio!)

ANTONIO. Llora usted! (Abrazándole.) No esperaba yo ménos de la ternura de su alma!

PEDRO. Quita! (Rechazándole.) Lloro de ira, de rabia, de desesperacion?

ANTONIO. Eh?

PEDRO. Sí; todo eso es una farsa indigna?

ANTONIO. Cómo?

PEDRO. Ese niño es tuyo.

ANTONIO. Qué dice usted?

PEDRO. Digo que ya lo sabía, que todo ha concluido entre nosotros; que has hecho desgraciada para toda su vida á mi pobre Consuelo!

ANTONIO. Pero usted desvaría! Duda usted de mí?

PEDRO. No; ya no dudo: tengo la certeza de que nos has engañado!

ANTONIO. Pero oiga usted!

PEDRO. Es inútil cuanto me digas!

ANTONIO. Pero Consuelo no me juzgará como usted!

PEDRO. La pobre sabe ya toda la extension de su desgracia!

ANTONIO. Oh! Yo necesito verla! Vamos juntos!

PEDRO. Es inútil! Ni á Consuelo ni á mí conseguirás convencernos! (Infeliz de ella y desgraciado de mí!) (Váse llorando.)

ESCENA VII.

ANTONIO, luégo MARCELINA.

ANTONIO. Pero esto no es posible! Yo necesito desvanecer esa infame calumnia! Consuelo me creerá, sí. No ha de creerme? Si ella dudara de mi sinceridad dudaría yo de su cariño! (Váse á tiempo que aparece en la puerta del foro Marcelina, que le mira sonriendo.)

MARCELINA. Este habla solo y el viejo va llorando!... No creí que tan pronto hiciera efecto mi carta. (Váse lateral izquierda.)

MUTACION.

CUADRO SESTO.

SE DA DINERO

Casa de préstamos. Á la izquierda mostrador, detrás del cual se hallan el PRESTAMISTA y el DEPENDIENTE. Gran anaquelería con líos de ropa, prendas, etc. Sobre el mostrador un estante con alhajas. Á la derecha mampara que cierra la puerta que da á la calle.

ESCENA PRIMERA.

PRESTAMISTA y DEPENDIENTE. Al levantarse el telon un indivíduo que se supone acaba de empeñar algo, váse doblando una papeleta y contando dinero.

PRESTAMISTA. Está visto! No es posible
dejarte solo un momento!
¿Á quién se le ocurre dar
catorce reales por esto
que no vale ni seis duros? (Una alhaja cualquiera.)

DEPENDIENTE. Yo creí...

PRESTAMISTA. Calla, zopenco!
Qué manera de prestar!
Esto es tirar el dinero!
Valiente negocio haríamos
en el establecimiento!
Tú eres nuevo en el oficio,

mas sírvate de gobierno!
Por prendas que valen veinte
se debe dar uno ó medio.

ESCENA II.

DICHOS y la BRIGADIERA. Esta asoma la cabeza ántes de decidirse á entrar.

BRIGADIERA. Hay álguien?
PRESTAMISTA. Nadie, adelante.
BRIGADIERA. Muy buenos dias.
PRESTAMISTA. Muy buenos.
BRIGADIERA. Yo aquí entro siempre *escamada*,
porque, la verdad, me temo
que cualquiera me conozca,
y en mi posicion no debo...
es decir, si no debiera
no me meteria en esto.
PRESTAMISTA. Ni hay para qué avergonzarse.
BRIGADIERA. No, si vergüenza no tengo;
pero no me gusta dar
dos cuartos al pregonero.
PRESTAMISTA. Á mí tampoco me gusta,
y sobre todo, sin réditos.
BRIGADIERA. Los prestamistas debían
ser como los peluqueros
y tener un gabinete
reservado para empeños
de señoras.
PRESTAMISTA. Ya se hará.
—Al negocio.—¿Qué traemos?
¿Viene usté á renovar algo?
BRIGADIERA. No señor.
PRESTAMISTA. Es que le advierto
que van á vencer las joyas.
Yo á nadie se lo recuerdo;
pero á usted, que es una buena

parroquiana...

BRIGADIERA. Lo agradezco:
pero á mí no se me olvidan
las épocas en que empeño,
porque sé los compromisos
que me han obligado á hacerlo.
Tengo las fechas aquí. (En la frente.)
Setiembre, quince: aderezo,
para el abono del Real.
Octubre, diez: guardapelo
de turquesas y brillantes,
para dos trajes de invierno.
Marzo, veintisiete: para
la Sociedad de conciertos,
placas y baston de mando
de mi esposo: ¡pobre Anselmo!
Y el veintinueve de Junio,
para irme de veraneo,
los pendientes, la pulsera,
la sortija y los cubiertos.

PRESTAMISTA. Bueno, y hoy qué trae usted?

BRIGADIERA. No traigo nada, me llevo.
Vengo á sacar el collar.

PRESTAMISTA. Estamos bien de dinero
por lo visto!

BRIGADIERA. Calle usted!...
que para hacer un obsequio
á una amiga que se casa,
hoy mismo he tomado un préstamo
sobre mi paga—¡qué escándalo!—
al ochenta y tres por ciento!
De modo que ya no cobro
en siete meses lo ménos.

PRESTAMISTA. Pues está usted divertida!

BRIGADIERA. Eso sí, yo me divierto.
Esta noche voy de baile;
precisamente por eso

necesito ese collar.

PRESTAMISTA. La papeleta.

BRIGADIERA. (Sacando una carterita con unas cuantas papeletas.)
Aquí tengo
una porcion.. (Buscando.)
Esta es.

PRESTAMISTA. Muchacho, á ver! Busca esto!
(Le da la papeleta al Dependiente despues de haberla mirado.)

BRIGADIERA. Cuánto importa?

PRESTAMISTA. Pues importa... (Pensando.)
El préstamo son quinientos...
Seis meses á veinticinco
reales... Justo! Con los réditos
tiene usted que darme...

BRIGADIERA. Cuánto?

PRESTAMISTA. Treinta y dos duros y medio.

BRIGADIERA. Qué barbaridad! Pues, hijo,
me deja usted sin dinero! (Pagándole.)

PRESTAMISTA. Aquí está.
(Dándole el estuche que le habrá entregado el Dependiente.)

BRIGADIERA. Venga, mañana
vendré á empeñarlo de nuevo.

PRESTAMISTA. Yo aquí estoy siempre á sus órdenes.

BRIGADIERA. Un papel para envolverlo.
(El Prestamista le da un papel.)

ESCENA III.

DICHOS y GONZALITO.

GONZALITO. (Nada, nada! Necesito
para esta noche dinero.
Por el reló me darán
ocho ó diez duros lo ménos.)

BRIGADIERA. Conque quede usted con Dios. (Al Prestamista.)

GONZALITO. Quiere usté hacerme el obsequio?...
(Al acercarse al Prestamista se encuentra de frente con la Brigadiera.)

BRIGADIERA. (Eh!)

GONZALITO. Señora!

BRIGADIERA. Gonzalito!
(Á este chico me lo encuentro
el mejor dia en la sopa!)

GONZALITO. Usted por aquí?

BRIGADIERA. Sí!... viendo
alhajas!... Es un encargo
de una amiga de... Toledo.

GONZALITO. (Sí! No estás tú mala alhaja!)
Pues yo traigo el mismo objeto
por encargo de un amigo
de... Valladolid.

BRIGADIERA. (Te veo!)

GONZALITO. Comision más enojosa!...

BRIGADIERA. Dice usted bien! Yo no puedo...
Estas casas me producen
una impresion tan...

GONZALITO. Lo creo!

BRIGADIERA. Se ve aquí tanta miseria!...

GONZALITO. Justo! Y tanta farsa!...

BRIGADIERA. Cierto!

GONZALITO. Cómo está Madrid, señora!

BRIGADIERA. Ay, Gonzalito! No hablemos
de estas cosas, que me pongo
de un humor... Yo no comprendo
cómo hay quien empeñe nada!

GONZALITO. Claro! al sesenta por ciento!

BRIGADIERA. Caducando á los seis meses!
Es decir, creo que es eso!
Yo no estoy segura!...

GONZALITO. Y yo
tampoco; pero es un rédito
espantoso, segun dicen.

BRIGADIERA. Vaya, me voy!...
GONZALITO. Yo me quedo
á ver...
BRIGADIERA. Abur, Gonzalito.
GONZALITO. Á los piés de usted.
BRIGADIERA. (Qué encuentro!)
Adios!
(Al guardar la carterita se le cae una papeleta, que recoge Gonzalito.)
GONZALITO. Brigadiera!...
BRIGADIERA. Qué?... (Volviendo.)
GONZALITO. Se le ha caido á usted esto.
(Dándosela. La Brigadiera la guarda precipitadamente.)
BRIGADIERA. (Una papeleta!) Gracias.
(No la ha visto!) Es un prospecto...
GONZALITO. Sí, sí; me han dado otro igual
en la calle!
BRIGADIERA. (Le aborrezco!) (Váse.)

ESCENA IV.

DICHOS, ménos la BRIGADIERA.

GONZALITO. (Vaya, hemos hecho una plancha!)
PRESTAMISTA. Qué quiere usted, caballero?
GONZALITO. Á ver cuánto me da usted
por este reló.
PRESTAMISTA. Veremos. (Lo examina.)
Oro: las tapas endebles;
cilindro; con nueve centros.
—Cinco duros.
GONZALITO. Nada más?
PRESTAMISTA. Y lo pago con exceso.
GONZALITO. El caso es que necesito
doscientos reales lo ménos.
PRESTAMISTA. Y á mí qué me cuenta usted?
GONZALITO. No, si á usted no se lo cuento.

PRESTAMISTA. Si los quiere usted los toma,
y si no, los deja.

GONZALITO. Bueno.
Los tomaré ¡qué demonio!

PRESTAMISTA. (Extendiendo la papeleta.)
¿Y qué iniciales ponemos?

GONZALITO. Qué iniciales? G. G.

PRESTAMISTA. Cómo?

GONZALITO. G. G.

PRESTAMISTA. Se está usted riendo?

GONZALITO. Hombre, no! Dos *ges*.

PRESTAMISTA. Ah! Ya!
Tome usted. (Dándole la papeleta y el dinero.)
Ahí va el dinero
y la papeleta.

GONZALITO. Abur. (Medio mútis.)
Ah! ¿Me hace usted el obsequio
de decirme qué hora es?

PRESTAMISTA. No hay inconveniente en ello. (Abre el reló.)
Tiene usted las once y cinco.

GONZALITO. Las tenía, no las tengo.
(Me voy á almorzar á casa
de las de Castillo-viejo,
y propondré un tresillito
á ver si me redondeo.) (Váse.)

ESCENA V.

PRESTAMISTA, DEPENDIENTE y luégo un TRONADO.

PRESTAMISTA. Este es de los que caducan.
Ponlo con cuidado ahí dentro!
(Dándole el reló al Dependiente.)

TRONADO. (Muy pobremente vestido y con un paraguas debajo del brazo.)
Buenos dias.

PRESTAMISTA. Buenos dias.
¿Qué desea usted?

TRONADO. Dinero!
PRESTAMISTA. Y sobre qué?
TRONADO. Me es igual.
Sobre cualquier cosa!
PRESTAMISTA. Bueno.
Usted dirá.
TRONADO. Elija usted
entre todo lo que llevo.
Quedándome lo bastante
para no ir al Saladero
por ofensas al pudor,
todo lo demas lo empeño!
¿Cuánto me da usted por esta
levita?
PRESTAMISTA. (Mirándola.) No doy ni un céntimo.
TRONADO. Bien! (Con resignacion.)
¿Y por esta bufanda?
PRESTAMISTA. Nada!
TRONADO. ¿Y por este chaleco?
PRESTAMISTA. Hombre, yo le diré á usted.
Segun lo que tenga dentro
de los bolsillos.
TRONADO. No tiene
bolsillos hace ya tiempo!
PRESTAMISTA. Pues entónces no me sirve.
TRONADO. Ni á mí, que me viene estrecho.
PRESTAMISTA. Si no tiene usté otra cosa,
no haremos negocio.
TRONADO. (Con arrogancia.) Tengo!
Este paraguas!
PRESTAMISTA. Veamos. (Lo abre.)
Pero hombre, por Dios, si esto
ya no es paraguas ni nada!
TRONADO. Eso de nada, protesto!
Puede servir de baston
y como baston lo empeño.
PRESTAMISTA. Pues no se lo tomo á usted.

TRONADO. Pues crea usted que lo siento.
(Volviéndose hácia él.)
Se lo daré á usted barato!
PRESTAMISTA. Le digo á usted que no quiero. (Incomodado.)
TRONADO. Pues se lo regalo á usted.
Aprenda usté á ser espléndido!
(Deja el paraguas sobre el mostrador y váse con orgullo.)

ESCENA VI.

DICHOS, ménos el TRONADO, luégo D. POLICARPO.

PRESTAMISTA. Si creyó que me ofendía
se ha equívocado el muy necio.
Poniéndole tela nueva
quedará un paraguas nuevo. (Lo guarda.)
POLICARPO. (Con un lio.)
Servidor de usted.
PRESTAMISTA. Felices.
Qué desea usted?
POLICARPO. Deseo
comprar unos pantalones.
PRESTAMISTA. De color?
POLICARPO. No señor, negros.
Para vestir de etiqueta.
PRESTAMISTA. Ah! Pues los tengo muy buenos.
Sácate los pantalones
vencidos.
DEPENDIENTE. Voy al momento.
POLICARPO. Le advierto á usted que yo no
los quiero de mucho precio.
PRESTAMISTA. Bien; usted elegirá.
POLICARPO. (En otra casa de empeños
solo por cuatro pesetas
he alquilado un frac soberbio,
y he comprado por diez reales
un magnífico chaleco.

Total: por dos ó tres duros
estaré hecho un caballero.)

DEPENDIENTE. (Saliendo con varios pantalones negros.)
Aquí tiene usted.

POLICARPO. Á ver.
Este me parece estrecho.
Este me parece ancho.

PRESTAMISTA. Anda, chico, coge el metro
y tómale la medida.

POLICARPO. (Pues señor, me enorgullezco.
No va á haber hoy en la orquesta
un profesor más compuesto.)
(El Dependiente le toma medida.)

PRESTAMISTA. Mide el largo y la cintura.

DEPENDIENTE. Largo, ciento siete.

PRESTAMISTA. Estos.
(Mirando varios. Despues de medir alguno, separando otros.)

DEPENDIENTE. Cintura, setenta.

POLICARPO. Ponga
setenta y cuatro lo ménos;
holgado... (Porque en el baile
habrá ambigú y cenaremos.)

PRESTAMISTA. Estos tres dan la medida.

POLICARPO. Pues dígame usted los precios.

PRESTAMISTA. Dos duros; treinta y seis reales,
y cuatro pesetas.

POLICARPO. Bueno,
este, el de cuatro pesetas.

PRESTAMISTA. Es una ganga!

POLICARPO. Lo creo! (Mirándolo al trasluz.)
Se trasparenta un poquito,
pero así estaré más fresco.
(Coge el pantalon y lo mide sobre el que lleva puesto, contemplándolo con satisfaccion.)

ESCENA VII.

DIHOS, la SEÑORA BERNARDA, con un gran lío de ropa blanca, que desenvuelve sobre el mostrador. El DEPENDIENTE empieza á sacar las prendas y á examinarlas.

BERNARDA. Tengo mucha prisa. Á ver
cuánto me da usted por esto.
Tres chambras, cuatro camisas,
un refajo y diez pañuelos.
Todo ello está nuevecito.
Véalo usted.

PRESTAMISTA. (Que se ha acercado y lo mira.)
Ya lo veo!
Puedes darle treinta reales.

BERNARDA. Nada más?

PRESTAMISTA. Nada más.

BERNARDA. (Bueno.
Venderé la papeleta.)
(El Dependiente escribe en la papeleta, contando las prendas.)

POLICARPO. Tome usted. Ahí va el dinero.
(Pagando. El Prestamista envuelve el pantalon en un papel y se lo da á D. Policarpo.)

DEPENDIENTE. ¿Á nombre de quién?

BERNARDA. De nadie;
lo mismo da.

PRESTAMISTA. Pues pondremos
las iniciales que tiene
la marca de los pañuelos.
M. R. doble V.

POLICARPO. Cómo? Si mal no recuerdo...
(Acercándose y viendo las prendas.)
Son las mismas! Caracoles!
Si este bordado es idéntico!
M. R. doble V!...
—Oiga usted: ¿de quién es esto?

BERNARDA. Y á usted qué le importa?

POLICARPO. Digo
que de quién és!

PRESTAMISTA Caballero!...

BERNARDA. No sé por qué me pregunta...

POLICARPO. Lo pregunto porque puedo!
Contésteme usté en seguida.
Yo necesito saberlo!

BERNARDA. (Qué diré yo?)

POLICARPO. Vamos, pronto!

PRESTAMISTA. Pero ¿á qué viene todo esto?

POLICARPO. Pues viene á que esta es la madre....
Digo, no, no puede serlo;
pero ella sabrá quién es.
Vámonos de aquí al momento.
Á ver, coja usté esa ropa.
(Bernarda, atemorizada coge el lio.)

BERNARDA. Pero usted, con qué derecho...

PRESTAMISTA. Tiene razon!

POLICARPO. Calle usted!
Todo esto encierra un misterio
que necesito aclarar.
Á la calle, vamos, presto!
(Empujándole hácia la puerta.)

BERNARDA. Es que yo...

POLICARPO. Si alza usté el gallo,
llamo á los guardias. Silencio!

BERNARDA (Por dónde habrá averiguado?...)

POLICARPO. Andando, que pasa el tiempo.
Sabré de quién es el chico!
Sí!

PRESTAMISTA. Pero ¿qué chico?

POLICARPO. El nuestro!
(Coge á la Bernarda del brazo y salen.)

PRESTAMISTA. Pues ellos se entenderán,
que lo que es yo ¡no lo entiendo!

MUTACION.

CUADRO SÉTIMO.

¡NO LO ENTIENDO!

La misma decoracion del cuadro tercero.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, FRASQUITO, que se supone vienen de la calle.

ANTONIO. No vuelvo á verla, no vuelvo!
FRASQUITO. Vamos, que no seas niño!
En cuanto piensen un poco
se quedarán convencidos
de que tú eres incapaz
de engañarles.
ANTONIO. No; ya has visto
de qué manera tan dura
Consuelo me ha recibido.
FRASQUITO. Eso es verdá: y vaya un genio
que se trae el abuelito!
ANTONIO. Me piden pruebas! Y cuáles
puedo dar!
FRASQUITO. Yo me lo explico.
Ponte en su caso, y comprende
que á pesar de su cariño,
no han de ver con buenos ojos

que tú tengas un chiquillo.

ANTONIO. Pero ¿por qué han de creerlo?

FRASQUITO. Cualquiera haría lo mismo.
Ella dudó al recibir
el anónimo maldito;
pero cuando tú al abuelo
le contaste lo del niño,
dijeron: «Pues es verdad!
nos ha engañado este pillo!»
Y luégo, ¿á quién se le ocurre
llevarme á mí de testigo?
Por más que les he jurado,
y por más que les he dicho,
como que soy andaluz,
¡es claro! no me han creido

ANTONIO. ¿Quién habrá escrito ese anónimo?
Ah! si yo un dia averiguo... (Se oye la campanilla.)

FRASQUITO. Déjate de tonterías!

ESCENA II.

DICHOS y D. POLICARPO.

POLICARPO. (Entrando jadeante.) Don Antonio! Don Frasquito!

FRASQUITO. Don Policarpo!

ANTONIO. Qué es eso?

POLICARPO. Jesús! Lo que yo he corrido!
En busca de ustedes vengo.

ANTONIO. Pues qué pasa?

POLICARPO. Digo!... Digo!...
Que todo lo he descubierto!...

ANTONIO. Qué! ¿sabe usted quién ha escrito
aquella carta?

POLICARPO. Qué carta?

ANTONIO. La que Consuelo ha tenido.

POLICARPO. Pero si yo no hablo de eso!

ANTONIO. Pues ¿de qué habla usted?

POLICARPO. Del chico.
Ya sé de quién es!

ANTONIO. Eh!

FRASQUITO. Cómo?

POLICARPO. Que tengo en mi mano el hilo...

FRASQUTO. El hilo?

POLICAPO. Sí, del misterio;
y que sacaré el ovillo.

ANTONIO. Pero, hombre, ¿está usted seguro?

POLICARPO. No he de estarlo? Segurísimo!

FRASQUITO. Este hombre ha almorzado hoy fuerte.

POLICARPO. Ni fuerte ni flojo, amigo.

ANTONIO. Por Dios, deja que se explique.

FRASQUITO. Está bien!... por mí... no chisto!

POLICARPO. Tengo pruebas fehacientes.
Este pañuelo! (Enseña uno.)

ANTONIO. Qué miro!

FRASQUITO. Estas letras...

ANTONIO. Son las mismas!

FRASQUITO. Canastos! Á que salimos
con que el chiquillo es de usted?

POLICARPO. Formalidad, don Frasquito,
que el caso no es para broma.

ANTONIO. Cállate!

FRASQUITO. Soy todo oidos.

POLICARPO. El niño no tiene madre.

FRASQUITO. Bien, pero la habrá tenido.

POLICARPO. Sí señor; pero murió
al nacer ese angelito.

ANTONIO. Pobre mujer!

FRASQUITO. Y quién era?

POLICARPO. Pues era... es un laberinto! —
hija de uno del Brasil,
un comerciante riquísimo
cuyos fondos robó el otro.

FRASQUITO. Quién?

POLICARPO. Pues el padre del chico.

FRASQUITO. Pero ¿quién es?

POLICARPO. Es un tal
don Luis Medina, un perdido
que en el Brasil se llamaba
don Fernando Valdespino,
y era cajero del otro.

FRASQUITO. De qué otro?

POLICARPO. Pues ya lo he dicho.
Del padre.

FRASQUITO. Pero ¿qué padre?

ANTONIO. Por Dios, cállate!

FRASQUTIO. (Está ido!)

POLICARPO. Del padre de la muchacha
que en busca de ese hombre indigno
vino á Madrid, y se ha muerto
en la miseria.

ANTONIO. Dios mio!

FRASQUITO. Pero ¿no ha dicho usted que era
un comerciante muy rico?

POLICARPO. Si hablo de ella, de la madre!

FRASQUITO. (Pues tampoco lo he entendido!)

POLICARPO. La madre que se llamaba
—segun papeles que he visto
en la casa donde ha muerto,—
Mercedes Ribalta y Windsor.
M. R. y doble V.

ANTONIO. Ah!

FRASQUITO. Vamos!

POLICARPO. Y en su escondrijo
encerrada bajo llave
—pues soy hombre prevenido—
tengo á la vieja.

FRASQUITO. Qué vieja?

POLICARPO. Hombre!... la que me lo ha dicho!
La de la casa de préstamos!

FRASQUITO. Pero hombre, por Jesucristo!...
Nos va usté á volver tarumba?

POLICARPO. Vengan ustedes conmigo
y se enterarán de todo.

ANTONIO. Sí, vamos; que necesito
tener al punto esas pruebas.
(Vánse por el foro D. Policarpo y Antonio.)

FRASQUITO. Nada! Que no me lo explico!
El padre... el señor Medina...
el otro... la madre... el niño...
la vieja... el señor de Méjico...
Vamos! Que me he armao un lío!
(Váse lateral izquierda.)

MUTACION.

CUADRO OCTAVO.

DE ESCALERAS ABAJO.

Portal de una gran casa. Á la derecha escalera practicable, adornada con macetas. Es de noche y alumbra la escena un gran farol pendiente del techo.

ESCENA PRIMERA.

LACAYOS.—Varios forman un grupo junto á la puerta de entrada; el del *ministro* lee *La Correspondencia.* Un groom se pasea.

LACAYO 3.° Buena noche nos espera!

LACAYO 2.° Ya, ya: estamos aviados!

LACAYO 3.° Van á tenernos aquí
hasta mañana trempano.

LACAYO 1.° Pues yo—la verdad—hoy tengo

un sueño que no lo aguanto.
(Bostezando ruidosamente y es tirándose.)

LACAYO 2.° Non te estires de ese modu
porque eso es muy ordinariu! (Estirándose.)
Se hace así con disimulo.
Estás muy mal educadu.

LACAYO 1.° Anoche fuimos de baile;
—buen jaleo nos llevamos,—
y anteanoche hubo en la casa
recicion hasta las cuatro:
luégo tuvo la señora
los nervios desatacados
y las doncellas y yo
la estuvimos sujetando,
y ella *dale que le das*
con las piernas y los brazos...
En fin, que eran ya las diez
y aún no me había acostado.

LACAYO 2.° En dónde sirves?

LACAYO 1.° En casa
de los señores de Pardo.

LACAYO 2.° Ah! vamos; ya los conozco!
serví con ellos un año.
¿Estuvo en la reunion
un caballero muy alto
que gasta patillas rubias
y habla con acentu raro
y lleva un lente en un ojo
y el otro muy espantado?...

LACAYO 1.° No estuvo, no.

LACAYO 2.° Pues por eso
fué el patatús. (Con misterio.)

LACAYO 1.° Sí?

LACAYO 2.° Pues claro!

ESCENA II.

DICHOS, un CABALLERO y una SEÑORA á quien da el brazo para subir la escalera. Detrás un lacayito negro.

NEGRO. Nos marchamos?
CABALLERO. No, esperad. (Sube con la Señora.)
NEGRO. Está bien,—Hola, muchachos!
LACAYO 1.° Oye, negrito.
NEGRO. Qué hay?
LACAYO 1.° Que no te me acerques tantu
no me tiznes la librea.
NEGRO. Habráse visto el *sanguango*!
LACAYO 2.° Qué? no es negro de verdá?
LACAYO 1.° Qué ha de serlo? es imitado.
Creo que se da betun.
LACAYO 2.° Hombre, por Dios!
LACAYO 1.° Se dan casus!

ESCENA III.

DICHOS, GONZALITO, dirigiéndose al LACAYO 1.°

GONZALITO. Oye, Pepe.
LACAYO 1.° Mande usía.
GONZALITO. Ha venido solo el amo?
LACAYO 1.° Con la señorita Rosa.
GONZALITO. Y piensan irse temprano?
LACAYO 1.° No puedo decirle á usía.
GONZALITO. (Me gustan estos lacayos
por lo finos.) Adios, Pepe.
(Como viven por mis barrios,
me llevarán en el coche.
Hay que ingeniarse ¡qué diablo!)
(Váse por la escalera.)

ESCENA IV.

DICHOS, ménos GONZALITO.

LACAYO 2.° Quién es ese señorito?
LACAYO 1.° Pues es un tal don Gonzalo
que va á comer con nosotros,
—quiero decir, con los amos—
los domingos... y los martes...
y los jueves... y los sábados.
LACAYO 2.° Y tiene título?
LACAYO 1.° No:
yo al ménos no lo he notado.
LACAYO 2.° Como le das el usía...
LACAYO 1.° Lo doy siempre por si acaso.

ESCENA V.

DICHOS, D. POLICARPO y ANTONIO.

POLICARPO. No tema usted, don Antonio,
le dejarán libre el paso:
diciendo que es usted músico
no pondrán ningun reparo.
ANTONIO. Sí, pero los de la orquesta
tomarán á mal acaso...
POLICARPO. Si usted cobrara, tal vez,
pero lo que es no cobrando...
Ademas, el director
es amigo mio. Vamos.
Ha sido la gran idea!
ANTONIO. Es verdad.
POLICARPO. Que es tarde. Andando! (Suben.)

ESCENA VI.

DICHOS, ménos D. POLICARPO y ANTONIO.

LACAYO 1.° Oye tú, *gubernacion*:

¿qué hay de pulítica?

LACAYO 4.° Estamus
muy seguros pur ahora,
y eso que los diputados
de la zurda nos dividen.
Sueltan cada discursazo!...

CRIADO. (Desde la escalera.)
Marqués de Peña-Redonda!

LACAYO 3.° Aquí estoy.

CRIADO. Dicen tus amos
que marcheis y que volvais
sobre las cinco.

LACAYO 3.° Enteradu.
Echaré un sueño en la cuadra.

LACAYO 1.° Dichoso tú!

LACAYO 3.° Adios, tocayo.
Adios, duque; adios, menistro;
adios todos, que me largo. (Váse.)

ESCENA VII.

DICHOS, el SERENO.

SERENO. Felices noches, amigos.
(Desde la puerta que se supone da á la calle.)

TODOS. Felices.

SERENO. Quién da un cigarro?

LACAYO 2.° Toma.

SERENO. Qué vida tan buena
llevais, grandísimos zánganos;
siempre paseando en coche
tan lucidos y tan majos!

LACAYO 1.° Pues mira tú que en tu oficio
debes estar muy cansado.

SERENO. Ya lo creo que lo estoy!
Paso las noches en claro,
ó durmiéndome de pié
igual que vuestros caballos.

VOZ (Lejana.) Francisco!...

SERENO. (Gritando desde la puerta.) Voy en seguida.
—¿Lo veis? ya me están llamando.
Es un contínuo jaleo!...
Yo no vivo ni descanso!...

VOZ (Más fuerte.) Francisco!

SERENO. (Desde la puerta.) Va!... Toma lumbre,
(Da el chuzo con el farol al Lacayo 1.° que enciende el cigarro, pasando el chuzo á los demas lacayos que repiten el juego.)
como soy un hombre esactu
y muy *puntal* siempre en el
cumplimiento de mi cargo...

VOZ (Más fuerte.) Francisco!!

LACAYO 1.° Hombre, que te llaman.

SERENO. Voy corriendo!—Es don Genaro,
un señor que me da al mes
de propina doce cuartos
y me manda que le alumbre
y vive en el sotabanco.
Ya le alumbraría yo!...

VOZ (Fuertísima.) Franciscooo!!!

SERENO. Allá voy volando!
(Váse con calma.)

ESCENA VIII.

DICHOS, la BRIGADIERA. Luégo un SIMON

BRIGADIERA. (Jesús!... Dichoso vestido!...
y qué sofoco he pasado!...
me lo mandó la modista
á las doce menos cuarto!...) (Se dirige á la escalera.)

SIMON. Eh!... Señora... la carrera!

BRIGADIERA. Ay! Sí, me había olvidado...
(Esta costumbre que tengo
de no pagar... Y este bárbaro,
ponerme así en evidencia

delante de los lacayos!...
(Los Lacayos se burlan ocultando la cara con los sombre ros
Toma! guárdate la vuelta. (Sube.)
(Sacando el dinero del guante.)

SIMON. Gracias. Vóime á echar un trago.
Si gustan sus señorías... (En tono de burla. Váse.)

LACAYO 1.° Déjale, no le hagas caso. (Al lacayo 3.°)
Es un cochero por horas,
y son lo más ordinarios!...
(Óyese música interior.)

LACAYO 2.° Ya ha empezado el bailoteo.
Bien se divierten, canastos!

CAFETERO. (Dentro.) Café caliente!... Café!...

LACAYO 1.° Ahí pasa Fornus, muchachus!
¿Quién cunvida?

LACAYO 2.° Cada uno.
á sí mismu.

LACAYO 1.° Pues andando! (Vánse á la calle.)

MUTACION.

CUADRO NOVENO.

MEDINA Y VALDESPINO.

Gran salon de baile en cass de Ortiz. Al foro y á conveniente altura l a tribuna de la orquesta.

ESCENA PRIMERA.

La orquesta toca un rigodon que bailan ocho parejas. De estas forman parte ORTIZ con la MARQUESA, GONZALO y CARLOTA: el GENERAL y una SEÑORITA: MEDINA y la BRIGADIERA, et-

cétera. Luégo MELENDEZ. (Durante el baile hablan aprovechando la oportunidad que les ofrece las figuras. Acaba el baile. ORTIZ, el GENERAL, GONZALITO, la MARQUESA y dos POLLOS, forman un grupo á la derecha. MEDINA, CARLOTA, la MARQUESA y OTROS, forman otro grupo á la izquierda.

ORTIZ. Mil gracias, Marquesa. Perdone usted si he estado algo torpe; á los hombres de negocios se nos debe disculpar en este terreno.

MARQUESA. Si ha bailado usted admirablemente! (Pero qué mal lo hace este caballero!)

GENERAL. (Á Gonzalito.) Le digo á usted que me cargan los rigodones!

GONZALITO. ¿Por qué, mi general?

GENERAL. Porque no se hace ejercicio. Mi fuerte es el vals. Como yo no bailo por aficion...

GONZALITO. No, eh?

GENERAL. No señor; lo hago por higiene. Todos los médicos me recomiendan la actividad. Ya se lo he dicho al ministro de la Guerra para que no me tenga más tiempo de cuartel. Yo necesito estar en activo. El movimiento es para mí la vida.

GONZALITO. (Ahora comprendo por qué ha tomado parte en todos los movimientos.)

MELENDEZ. Señor Ortiz! (Entrando.)

ORTIZ. Adios, Melendez!

GONZALITO. Adios, chico!

MELENDEZ. Adios, Gonzalo. Doy á usted la más cumplida enhorabuena. (Á Ortiz.) Es usted el padre más dichoso!...

ORTIZ. Gracias, amigo mio.

MELENDEZ. Esto está brillantísimo! Mañana en el periódico describiré minuciosamente la fiesta!...

ORTIZ. Muchas gracias.

MELENDEZ. Y ¿dónde están los novios?

ORTIZ. Allí los tiene usted.

MELENDEZ. Con su permiso voy á saludarlos. (Pasa al otro grupo.)

MARQUESA. (Á Ortiz.) De manera que mañana es la boda y pasa-

do salen los novios para Italia!

ORTIZ. Sí señora: van á pasar la luna de miel recorriendo el extranjero. Si supieran ustedes cuánto me cuesta...

GONZALITO. Ya lo creo! Un dineral!

ORTIZ. No es eso: digo lo que me cuesta el separarme de mi hija.

GONZALITO. Sí, sí, ya!... (Metí la patita!)

BRIGAD. Se lleva usted, señor Medina, un ángel de bondad. (Besando á Carlota.) (Chiquilla más cargante!...)

CARLOTA. Usted me juzga con demasiado cariño...

MEDINA. Esta señora te hace justicia,

GONZALITO. (Á Melendez que toma notas en el centro del salon.) Espero que no olvides el citarme entre los concurrentes.

MELENDEZ. Pues no faltaba más!... (Uno de nuestros primeros sietemesinos!...) ¿Quién es esa señora?

GONZALITO. La viuda del brigadier Gutierrez. Te presentaré á ella. —Señora...

BRIGAD. Gonzalito...

GONZALITO. Tengo el gusto de presentar á usted mi amigo Melendez, redactor de la conocida revista de salones, titulada... ¿Cómo se llama tu revista?...

MELENDEZ. «*El Bouquet*.»

BRIGAD. Ah! sí, sí!

MELENDEZ. Acaso no me conozca usted por el apellido. Como nosotros usamos pseudónimos de plantas y flores... Yo me firmo *Lila*.

BRIGAD. Celebro tanto...

MELENDEZ. Gracias. Mañana consignaré en el periódico que es usted una de las más bellas, elegantes y distinguidas damas que han concurrido á la *soirée*.

BRIGAD. Gracias, señor Lila.

MELENDEZ. Melendez.

BRIGAD. Digo, Melendez.

GONZALITO. Es igual.

BRIGAD. Y conste que se necesita toda la finura de usted para que yo transija con los periodistas.

MELENDEZ. Señora, por qué?

BRIGAD. Estoy muy resentida con la clase desde que mi marido tuvo un lance con un revistero.

MELENDEZ. Sí?

BRIGAD. Y con mucha razon. Figúrese usted que hablando de una *soirée* que dió el ministro de la Guerra, dijo en el periódico que mi marido se encontraba entre los asistentes. Ya ve usted qué desprecio. Colocar entre los asistentes á un brigadier!

MELENDEZ. Calle usted, señora!

GONZALITO. Si hay cada periodista...

MELENDEZ. (Y cada brigadier!...) ¿Quiere usted dar una vuelta.

BRIGAD. Gracias. (Apoyándose.)

MELENDEZ. Hasta luégo. (Vánse Melendez y la Brigadiera.)

GONZALITO. Adios. (Váse.)

ESCENA II.

ANTONIO, D. POLICARPO.

ANTONIO. Sí; tiene usted razon, es preciso.

POLICARPO. Aproveche usted el intermedio para hablar con el señor Ortiz. Debe usted decírselo todo, absolutamente todo?

ANTONIO. Sin embargo, ántes necesito convencerme de que ese hombre es el mismo cuya historia conocemos. No debo tomar tan grave resolucton sin tener la evidencia de que es él.

POLICARPO. Allí viene.

ANTONIO. Déjeme usted solo.

POLICARPO. Bueno.—Yo por aquí ando... Por donde haya dulces... (Pues señor, tomé el pantalon demasíado ancho!) (Sujetándoselo. Llamando á un criado que pasa con una bandeja de dulces.) Eh!... Jóven!... (Toma unos cuantos y se los guarda.)

ESCENA III.

DICHOS, MEDINA y GONZALITO. Antonio los observa sin acercarse.

GONZALITO. Vais á hacer un viaje de licioso! Te aseguro que os

envidio. Pasar la luna de miel en Italia! Italia! El país de las artes, la cuna de... (Despues de tragar saliva.) todos esos grandes hombres!... (No me acuerdo ahora de ninguno!)

MEDINA. Sí, es un hermoso viaje! (Como preocupado.)

GONZALITO. ¿Y en el verano supongo que ireis á San Juan de Luz? Ya me han dicho que tu suegro os regala el *châlet.*

MEDINA. Sí: allí pasaremos el verano.

GONZALITO. Eso es: allí lo pasaremos.—¿Por dónde andará la Baronesa?... Tengo comprometida con ella el primer vals. Voy á buscarla. Hasta luégo, Medina.

MEDINA. Adios. (Váse Gonzalito.)

POLICARPO. Eh! Jóven! (Á otro criado que pasa con dulces.)

GONZALITO. Qué? (Volviéndose.)

POLICARPO. No, no es á usted. (Se dirige al criado y coge otros cuantos dulces, comiéndose algunos. Se pasea por el último término del salon.)

ESCENA IV.

D. POLICARPO, MEDINA y ANTONIO, que se le acerca pausadamente.

MEDINA. (No sé por qué siento una impaciencia inexplicable!...)

ANTONIO. Señor Valdespino... (Risueño.)

MEDINA. Eh? Caballero, no tengo el gusto...

ANTONIO. (Se ha turbado! Es él!)

MEDINA. Indudablemente me confunde usted con otro!

ANTONIO. No, señor Valdespino. (Alzando un poco la voz.)

MEDINA. Silencio! Repito que yo... (Mirando por si álguien los oye.)

ANTONIO. No se inquiete usted, señor de Medina. Ya sé que sería una inconveniencia llamar á usted aquí por el apellido que usaba en el Brasil.

MEDINA. Cómo?

ANTONIO. Allí he tenido el gusto de conocer á usted, que por lo visto ha olvidado mi fisonomía.

MEDINA. No recuerdo... (¿Quién será este hombre?...)

ANTONIO. Nada tiene de extraño. Para tratar asuntos comerciales iba yo á ver al señor Ribalta con mucha frecuencia cuando estaba usted empleado en la casa.

MEDINA. Pero...

ANTONIO. Repito á usted que se tranquilice. Comprendo que algun motivo tendría usted allí para usar otro nombre.

MEDINA. Yo no...

ANTONIO. Ya me figuro que sería la causa alguna calaverada propia de la juventud, y no es esta ocasion oportuna de que nadie se entere...

MEDINA. (¿Hablará de buena fe?)

ANTONIO. Vine á Europa el año pasado y no pienso volver por allá, á donde sólo me llevaron asuntos de familia...

MEDINA. Ya!

ANTONIO. Hace poco me dijeron que el señor Ribalta había muerto y que su hija Mercedes estaba no sé dónde!... No supieron darme detalles... ¿Usted ha tenido alguna noticia?

MEDINA. No, yo no he vuelto á saber...

ANTONIO. Era una estimable familia...

MEDINA. Sí!

ESCENA V.

DICHOS, GONZALITO, desde el foro, tomando un sorbete.

GONZALITO. Medina?

MEDINA. ¿Eh?

GONZALITO. Carlota pregunta por tí. Eres el novio ménos galante que he conocido. (Váse.)

MEDINA. Voy, voy allá.—Con su permiso le dejo un instante. (Á Antonio.) Ya nos veremos despues: ya hablaremos de esa época á que usted se refería y que en efecto me recuerda una... una calaverada de que pocos tendrán noticia; por lo cual yo suplico á usted... Hasta

luégo, amigo mio: he tenido tanto gusto...

ANTONIO. Adios, señor Medina.

MEDINA. Adios. (Dándole la mano.) (Este hombre me ha desconcertado.)

ANTONIO. (Ese hombre es un infame!) (Váse Medina.)

ESCENA VI.

ANTONIO, D. POLIGARPO.

POLICARPO. ¿Qué hay? Es él?

ANTONIO. Él es: ya estoy seguro. Necesito ver al padre inmediatamente.

POLICARPO. Allí está, en aquel grupo.

ANTONIO. Voy en su busca. (Váse.)

POLICARPO. Pobre señor! Le va á dar un trago muy amargo! Yo ya he procurado endulzar la situacion todo lo posible. Me he comido tres docenas de yemas, siete batatas y un sinnúmero de limoncillos. (Sujetándose el pantalon, que se le cae.) Pero á pesar de todo, el pantalon no acaba de entrar en cintura.—Ya le está hablando... Vienen hácia aquí... Yo no debo mezclarme en este asunto...—Voy á tomar un sorbetito! (Váse.)

ESCENA VII.

ANTONIO, ORTIZ.

ORTIZ. Ruego á usted que me dispense; no es ocasion oportuna para hablar de negocios.

ANTONIO. Yo suplico á usted que me escuche. Soy quien ha escrito á usted esta tarde solicitando una entrevista.

ORTIZ. Bien; pero comprenda usted que en este momento...

ANTONIO. Señor Ortiz, se trata de la honra de usted.

ORTIZ. Eh? (Parándose.)

ANTONIO. De la felicidad de su hija.

ORTIZ. ¿Qué dice usted?

ANTONIO. Un deber de conciencia me obliga á turbar la dicha

que hoy debiera reinar en esta casa.

ORTIZ. Pero... por Dios!... No comprendo!. .

ANTONIO. En la imposibilidad de ver á usted, me he valido de un recurso para penetrar hasta aquí y hacerle revelaciones de importancia.

ORTIZ. Explíquese usted.

ANTONIO. Señor Ortiz: al conceder la mano de su hija al que va á ser su esposo, es porque le juzga digno de ella!

ORTIZ. Indudablemente!

ANTONIO. Pues bien, ese hombre no merece que ninguna persona honrada le admita en el seno de su familia.

ORTIZ. ¿Qué está usted diciendo?

ANTONIO. La casualidad ha puesto en mi mano pruebas que atestiguan su infamia y su vileza!

ORTIZ. Caballero!

ANTONIO. Óigame usted. Ese que hoy se llama don Luis de Medina, era en Rio Janeiro, dos años hace, cajero de la casa Ribalta, donde servía bajo el nombre de Fernando Valdespino. Toda la confianza, todo el cariño con que le honró el dueño de la casa no bastaron á impedir que sedujera con mentidas promesas á la hija de su príncipal. Pobre niña de diez y siete años huyó con él, ignorando que el hombre á quien había hecho dueño de su amor y de su honra llevaba en poder suyo los fondos á él confiados.

ORTIZ. Es posible!

ANTONIO. En París la dejó sola el miserable! Desde allí, con los recursos que pudo lograr, vino á Madrid, imploró en vano la compasion de ese hombre que sólo tuvo para ella crueldad y desprecio, y hace tres dias ha muerto pobre y abandonada, dejando un ser inocente, fruto de aquel amor que le costó la vergüenza y la vida!

ORTIZ. Oh! Eso es imposible! Usted se hace eco de alguna calumnia.

ANTONIO. No: tengo pruebas!

ORTIZ. Démelas usted; yo necesito convencerme.

ANTONIO. Aquí están. (Yendo á sacar algunos papeles.)

ORTIZ. Se acerca gente, venga usted conmigo.

ANTONIO. Vamos. (Vánse los dos.)

ESCENA VIII.

GENERAL, MARQUESA, BRIGADIERA, MELENDEZ, GONZALITO, despues MEDINA y CARLOTA, varias SEÑORAS y CABALLEROS.

GENERAL. Ya verá usted, marquesa, ya verá usted. En el vals corrido no hay quien me aventaje. Soy una pluma.

MARQUESA. Lo creo, general.

MELENDEZ. (Á la Brigadiera.) Es una coleccion de regalos verdaderamente notable y el presente que usted ha hecho á la novia es del mejor gusto. Así lo haré constar en la revista.

BRIGAD. Por Dios!... No merece la pena...

MELENDEZ. Si usted se opone á que se dé publicidad...

BRIGAD. No, oponerme, no!... (Ya que me ha costado el dinero que se sepa...)—Y usted, Gonzalito, que es tan amigo de Medina, ¿qué le ha regalado?

GONZALITO. Yo?... le he regalado... el oido.

CARLOTA. (Que viene del brazo de Medina.) No lo niegues: estás preocupado.

MEDINA. Sí, Carlota, me preocupa la idea de hacerte feliz.

CARLOTA. ¿Pues no he de serlo? Mi dicha consiste únicamente en que me quieras y de tu amor no tengo motivo para dudar. (Siguen hablando.)

BRIGAD. (Á Melendez y á Gonzalito.) Míren ustedes qué acaramelados están los novios.

GONZALITO. Muy acaramelados. (Nada: no olvida que ha sido confitera.)

BRIGAD. ¿Usted no faltará el domingo al primer concierto?...

MELENDEZ. No señora.

BRIGAD. Yo tampoco. Me muero por la música y en el programa de ese dia hay dos piezas que me entusiasman!

MELENDEZ. ¿Cuáles?

BRIGAD. «*La gaviota*» de Arditi y la *danza de la cabra de Sanson.*

MELENDEZ. (Ave María Purísima!)

GONZALITO. (Que se ha colocado detrás de la Marquesa, que habla con el General.) (Pero ¡qué hermosa está todavía la Marquesa! Es una jamona... en dulce.)

MARQUESA. (Volviéndose.) Ay, Gonzalito! Usted dispense!... No había notado que estaba usted detrás; pero las damas no tenemos espalda.

GONZALITO. Cierto, Marquesa. (Pues no dice que no tiene espalda?)

ESCENA IX.

DICHOS, ORTIZ, luégo ANTONIO. La tribuna se llena de músicos y se disponen á tocar.

ORTIZ. (Todo era cierto!—Evitaré el escándalo!) Carlota (Acercándose á ella.)

CARLOTA. ¿Qué quieres, papá?

ORTIZ. Ven, necesito hablarte! (Separándola algo violentamente del lado de Medina.)

CARLOTA. ¿Qué pasa?

ORTIZ. Nada; ven conmigo, hija mia. (Espéreme usted aquí, señor Valdespino!) (Á Medina.)

MEDINA. (Ah!) (Vánse Ortiz y Carlota.)

ESCENA X.

DICHOS, ménos ORTIZ y CARLOTA. La orquesta ha empezado á tocar la introduccion de una tanda de valses. Las parejas se preparan para bailar.

MEDINA. (Me han descubierto! Ese hombre!... (Mirando á Antonio.) Sí; él ha sido!) (Se acerca á él.)—Caballero..,

ANTONIO. Por mí lo sabe: todo se lo he dicho: yo le he dado pruebas.

MEDINA. Es usted un impostor!

ANTONIO. ¿Cómo?

MEDINA. Es usted un miserable! (Abalanzándose á él.)

ANTONIO. Yo?... (Le da una bofetada. Se acercan todos en grupo á separarlos. Movimiento general.)

BRIGAD. y MARQUESA. Dios mio!

GONZALITO. y GENERAL. ¿Qué es esto?

VARIOS. Señor Medina!

GENERAL. ¿Quién es ese hombre?

MEDINA. Un desconocido que ha entrado aquí para insultarme!

TODOS. Fuera!

ANTONIO. He entrado aquí para salvar la honra de una familia!

VARIOS. Fuera! Á la calle!

OTROS. Sí, sí!

ORTIZ. (Que entra y se coloca al lado de Antonio.) Este hombre ha dicho la verdad y yo le defiendo!

TODOS. Ah! (Se separau eomo instintivamente del lado de Medina pasando junto Antouio.)

MEDINA. Repito que es un impostor!

ANTONIO. Yo tengo pruebas de que ese hombre ha deshonrado á una mujer y ha abandonado á un hijo en la calle!!

MEDINA. Eso es falso! (D. Policarpo, que desde el principio de la escena y apoyado en la barandilla de la tribuna ha mirado con ansiedad lo que sucede, grita de pronto.)

POLICARPO. Eso es verdad!... Yo tengo el chiquillo en mi casa!! (Vuélvense todos á mirar á la tribuna.—Cuadro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO DÉCIMO.

CARAS Y CARETAS.

El salon del Prado en la tarde del domingo de Carnaval. Á la derecha la barra que limita el paseo de coches. Al foro la fuente de Neptuno. Á la derecha un grupo de sillas. Las tres más próximas al público están desocupadas.

ESCENA PRIMERA.

Multitud de PASEANTES y entre ellos muchas máscaras. Alegría extraordinaria; griterío característico. Cuatro niños llorones con sonajeros grandes rodean á un viejo y lo aturden con el estrépito. Una CANTINERA y una mujer vestida de caballero con sombrero de copa y levita larga. Dos CHULAS.

Voz 1.ª No me conoces! No me conoces!
Voz 2.ª Adios! Adios! Adios!
Voz 3.ª Eh, eh, eh!

VOZ 4.ª Allá voy!

VOZ 5.ª Ven acá!

VOZ 6.ª Oye, Pepe!

VOZ 7.ª Adios, Paco!

CANTINERA. Anda, chica, vamos á buscar á mi señorito, que quiero darle broma.

MUJER. (Vestida de caballero.) Bueno, pero de prisa, que mis amos comen á las cinco y tengo que poner la sopa.

SOLDADO. Vaya usted con Dios, paisano. (Dándole en la espalda.)

MUJER. Lo ves? Todos me toman por hombre. (Vánse.)

ESCENA II.

DICHOS, la BRIGADIERA y una SEÑORA que la acompaña.

SEÑORA. Jesús! Qué barullo! Siento que no hayamos encontrado sillas en el otro lado.

BRIGAD. Por aquí no se ve más que gente ordinaria! Yo pensaba haber salido esta tarde en coche con las de Urquiza, pero se les ha puesto malo el tordo...

SEÑORA. Quién?

BRIGAD. Uno de los caballos.

SEÑORA. Ah! Ya! Creí que era alguno de la familia. Si no se puede tener coche!

BRIGAD. Por eso yo no lo tengo.

SEÑORA. Aquí hay sillas desocupadas. Sentémonos.

BRIGAD. Sí, mejor es. (Mirando hácia donde se supone el paseo de carruajes.) Ay! Allí van las de Solomillo. (Saludándolas con afecto al mismo tiempo que dice las palabras que siguen.) Ay! hijas mias!... Pero qué horrorosas vais! (Se sientan.)

ESCENA III.

DICHOS, NICOLÁS vestido de zuavo. Se quita la careta. Viene muy sofocado. Luégo dos CHULAS.

NICOLAS. Caracoles? Yo no sufro más! Estoy sofocado! (Sopla.)

CHULA 1.ª Qué careta de tonto tan bien hecha! (Mirándole á la cara á Nicolás.)

CHULA 2.ª Pues es verdad!

NICOLAS. Pues es mentira!—Qué poca educacion tienen estas chulas!

ESCENA IV.

DICHOS, D. POLICARPO, á quien rodean varios máscaras gritando.

POLICARPO. Déjenme ustedes en paz, que no tengo gana de broma! Llevo muchísima prisa! (Saliéndose del grupo y yendo á cruzar la escena.)

NICOLAS. Eh! Don Policarpo!

POLICARPO. Ah! Nicolasito! Gracias á Dios! Tres horas hace que ando corriendo por Madrid en busca de usted! ¿Y dónde están los compañeros?

NICOLAS. Si no lo sé!

POLICARPO. Que no lo sabe usted?

NICOLAS. No señor: los perdí esta mañana en la calle de Segovia y no los he vuelto á encontrar.

POLICARPO. Es posible?

NICOLAS. Si señor: y lo peor es que luégo me reclamarán lo que haya postulado... Y como nadie me ha dado nada...

POLICARPO. Nada?

NICOLAS. Es decir, sí; me han dado un bofeton en la calle de Atocha.

POLICARPO. Pues yo necesito á todo trance encontrar á la estudiantina.

NICOLAS. Sí? Qué pasa?

POLICARPO. Una friolera! No sabe usted lo que sucedió anoche?

NICOLAS. Lo del baile? Si señor: ya me han contado algo.

POLICARPO. Es indispensable que yo vea á Frasquito... Antonio le ha nombrado padrino.

NICOLAS. Padrino de la boda, eh?

POLICARPO. No, hombre, no.

NICOLAS. Ya, vamos; se trata de bautizar al chiquitin!...

POLICARPO. Todo lo contrario: se trata de romperse el bautismo.

NICOLAS. Sí? No comprendo...

POLICARPO. Ni hace falta. Si ve usted á Frasquito, dígale que vaya á casa inmediatamente. Yo voy á buscarlos por este lado.

NICOLAS. Pues yo los buscaré por este otro. (Váse D. Policarpo.)

ESCENA V.

DICHOS, MARCELINA, disfrazada de hechicera.

MARCEL. Adios, Nicolasito! (Con voz fingida.)

NICOLAS. (Ay! Ella!)

MARCEL. Qué mono estás de zuavo!

NICOLAS. Gracias, Marcelina.

MARCEL. Eh! (En qué me habrá conocido?) Estás equivocado, yo no soy la que dices.

NICOLAS. No finja usted la voz, porque es inútil, la conozco por el traje.

MARCEL. Por el traje?

NICOLAS. Ya lo creo! Esta mañana se me ocurrió mirar por la cerradura de su cuarto de usted y la vi pegando estas estrellitas... (Indica las que Marcelina lleva en el manto.)

MARCEL. Hola! Conque se permite usted mirar?...

NICOLAS. Algunas veces...

MARCEL. Pues ya que me ha conocido usted, chiton y divertirse!

NICOLAS. No quiere usted que la acompañe?

MARCEL. Valiente bromazo correríamos! No sirve usted para estas cosas. Adios! adios! (Váse.)

ESCENA VI.

DICHOS, ménos MARCELINA.

NICOLAS. Ingrata! Que no sirvo para estas cosas? He de demostrarle lo contrario. Voy á ver si encuentro por

ahí á ese chico que me ofrecia billetes para el baile de la Zarzuela, y si me da uno de señora, la invito á que vaya conmigo, y si va, la convido á cenar todo lo que quiera. Ahora bien puedo escurrirme, que tengo treinta y seis reales! (Váse.)

ESCENA VII.

DICHO, IZAGUIRRE, que lleva un rabo de papel prendido en el gaban.

VOCES DE CHICOS. Que le lleva!... Que le lleva!...

IZAGUIRRE. Me-me-me gustan los ca-ca-a arnavales por esta ani-ani-ma...ma-cion! Y esta... tar-de no hay mu-muchas ma-ma-máscaras!

BRIGAD. Adios, Izaguirre!

IZAGUIRRE. Hola!... bri-bri-brigadiera! cómo está... usted?

BRIGAD. Bien; y usted?

IZAGUIRRE. Yo? Muy ne-ne-nervioso.

BRIGAD. El cambio de tiempo.

IZAGUIRRE. Al co-ooontrario! El tiempo es-ta-a-segurado. Y la prueba es que hoy hablo... mu-mu-muy espe-pe-dito.

BRIGAD. Sí, ya lo veo. Siéntese usted.

IZAGUIRRE. Con mu-mu-mucho gusto.

BRIGAD. (Nos pagará las sillas.)

IZAGUIRRE. Ay! (Al sentarse se pincha con el alfiler que sujeta el rabo de papel.)

BRIGAD. Qué es eso?

IZAGUIRRE. Na... na-nada. (Quitándose el rabo.) (Me car...gan estas bro-bro-bro-mitas.) (Sentándose.)

BRIGAD. Y cómo este año no se ha vestido usted de máscara?

IZAGUIRRE. Po-po-porque no me-me divierto. No sé en qué consiste que po-po-por mucho que me disfrace, en cu-cu-cuanto hablo dos pa-pa-palabras, to...todo el mu-mundo me co-co-noce!

BRIGAD. (Pues es raro, verdad?) (Á la señora y en tono de burla.

SEÑORA. Sí, es raro!

BRIGAD. He visto en los periódicos que es usted sócio del Liceo de Moratin. Piensa usted tomar parte en las funciones?

IZAGUIRRE. Ya he tra-tra-trabajado.

BRIGAD. Sí? Pues la otra noche cuando hicieron el *Nudo Gordiano* estuvimos nosotras y no le vimos á usted!

IZAGUIRRE. Pues tomé pa-pa-parte.

BRIGAD. Sí?

IZAGUIRRE. Hice de apu-pu-puntador.

BRIGAD. (Así salió ello!)

IZAGUIRRE. Pero el do-do-mingo me verán ustedes repre-pre-presentar.

BRIGAD. Sí, eh?

IZAGUIRRE. Sí... señora: haremos el pa-pa-pa...

BRIGAD. *El pañuelo blanco!*

IZAGUIRRE. No señora. El pa-pa-

BRIGAD. *El payo de la carta?*

IZAGUIRRE. No señora. *El* pa-pa-*patriarca del Turia.* Yo hago el pro-protagonista.

BRIGAD. Pues no faltaremos, ¿verdad?

SEÑORA. Ya lo creo que no faltaremos.

ESCENA VIII.

DICHOS, GONZALITO, de máscara.

GONZALITO. Adios, Izaguirre, adios! ¿Cómo estás, hombre, cómo estás?

IZAGUIRRE. Pe-pe-perfectamente.

GONZALITO. Sí, ya lo veo! Ya lo veo!—Me han dicho que pretendes un destino en el ministerio de Estado!

IZAGUIRRE. Yo?

GONZALITO. Sí, de jóven de lenguas!

BRIGAD. (Tiene gracia este máscara!) (Riéndose con la amiga.)

GONZALITO. Pero mira... si hay dificultades para que logres tu pretension, que te recomiende la Brigadiera, que es mujer de muchos *empeños.*

BRIGAD. (Ay! Este es Gonzalito!)

GONZALITO. No es verdad, Brigadiera?

BRIGAD. Hijo, tú lo sabrás.

GONZALITO Ya lo creo que lo sé. Vaya, adios, adios, que os divirtais.

BRIGAD. Adios, Gonzalito!

GONZALITO. (Huy!... que me ha conocido!) (Echa á correr.)

IZAGUIRRE. Qué bro...bromitas tan ino-po-por-tunas!

BRIGAD. Y tan pe-pe-pesadas! (Vaya! Ya tartamudeo yo tambien!)

ESCENA IX.

DICHOS, D. PEDRO y CONSUELO.

PEDRO. Vamos, anímate, Consuelo; que no te vea yo con esa cara. Toma ejemplo de mí: ya ves que procuro distraerme, olvidar...

CONSUELO. Ay, abuelito!... que yo no puedo!

PEDRO. Eso es! Ahora llanto! Pues es lo único que nos faltaba! Cuando yo te he obligado á venir aquí para que te distraigas, vas á darme el disgusto de... Vaya, vaya, no pienses en ello: ya volverán los dias alegres; de todo hay que pasar en el mundo y la resignacion es la más necesaria de las virtudes. Tú, hija mia, que las tienes todas, no has de carecer de esa.—Ademas, piensa que con tu llanto me haces sufrir mucho.

CONSUELO. Bueno, procuraré animarme. Por usted... ¿de qué sacrificio no sería yo capaz?

PEDRO. Gracias, hija mia, gracias.-Mira, mira qué máscara tan caprichosa! (Con fingida alegría.)

CONSUELO. Cuál?

PEDRO. Aquella! Já! já! Á mí me divierten mucho los carnavales!... muchísimo!... (Sólo Dios sabe lo que sufro!)

CONSUELO. (Pobrecillo! Se le estáa saltando las lágrimas!) Abuelito, no se atormente usted fingiendo para animarme: no oculte usted la pena que le ahoga; no aparente

una alegría que está muy lejos de sentir y llore como yo.

PEDRO. Sí, hija mia, si, es cierto: no puedo más! (*Se echan á llorar ambos á tiempo de que todos los que están en escena celebran con alborozo el paso de una mascarada que se supone atravesar por el paseo de coches.*) Vámonos á casa.

CONSUELO. Sí, vamos: nunca lo hubiera creido; la alegría de los demas me hace daño!

ESCENA X.

DICHOS, MARCELINA.

MARCEL. (Aquí están!) Consuelo!... Don Pedro!... No esperaba veros por aquí!

PEDRO. Déjanos, mascarita, que no tenemos gana de broma.

MARCEL. Ya lo creo! Despues de la que os ha dado Antonio...

CONSUELO. Eh!

PEDRO. Te suplico que nos dejes!

MARCEL. No te incomodes, que yo no tengo la culpa de que tu nieta no se case.

PEDRO. Basta ya!

MARCEL. Así recibís á una amiga que se acerca á consolaros!...

CONSUELO. No serás muy amiga cuando te complaces en mortificarnos. Vamos, abuelito!

MARCEL. Esperad, esperad un momento; tengo algo que contaros.

CONSUELO. Si vas á aumentar nuestras penas, yo te ruego que calles.

MARCEL. Hija, qué sentimental te has vuelto!

PEDRO. Consuelo, no la hagas caso.

MARCEL. Pues por hacerme caso te he librado de un novio que no te convenía.

PEDRO. Eh! Qué dices? Quién eres?...

MARCEL. Que quién soy? Ya lo sabeis: una amiga.

PEDRO. No, no es verdad; tal vez has dicho más de lo que querías.

MARCEL. Yo? Por qué?
PEDRO. Sí; dime quién eres! (Con ira.)

ESCENA XI.

DICHOS, NICOLÁS, que sale rápidamente.

NICOLAS. Marcelina?
MARCEL. (Ah!) (Aterrada.)
PEDRO. Eh!
CONSUELO. Marcelina! (Con asombro.)
MARCEL. (Imbécil!) (Ap. á Nicolás y huye.)

ESCENA XII.

DICHOS, ménos MARCELINA.

NICOLAS. Creo que me ha llamado imbécil!—Ay! Don Pedro!... Consuelito!... Son ustedes?
PEDRO. Quién ha dicho usted que era esa máscara?
NICOLAS. Qué! No la habían ustedes conocido? Es Marcelina, la sobrina de mi patrona.
CONSUELO. Sí, esa es! Ella ha escrito los anónimos! (Á D. Pedro.)
PEDRO. Qué dices?
NICOLAS. Qué dice usted?
CONSUELO. Ella ha sido. El corazon me lo dice. Antonio es inocente.
NICOLAS. Claro que lo es! Pero no lo sabían ustedes todavía?
PEDRO. Cómo?
NICOLAS. Anoche se descubrió todo y ya sabemos quién es el padre del niño y la madre y toda la familia!
PEDRO. Qué está usted diciendo?
NICOLAS. La verdad. (Se oye á lo lejos el paso doble que toca la estudiantina.) Ay! Por allí pasa la estudiantina... Ustedes me dispensen... Tengo que dar un recado á Frasquito.
PEDRO. Espere usted: explíquenos al ménos...

NICOLAS. Vuelvo al instante: aguárdenme ustedes aquí. (Echa á correr.)

PEDRO. Vamos tras él: es preciso enterarnos.

CONSUELO. Ay, abuelito! Siento que vuelve la alegría á mi pecho. (Vánse los dos.)

ESCENA XIII.

DICHOS, ménos D. PEDRO y CONSUELO, un CABALLERO.

Óyese más cerca la música de la estudiantina.

BRIGAD. Izaguirre, creo que saludan á usted desde aquel coche.

IZAGUIRRE. Ah! Sí. (Levantándose.) No había repa-pa-parado. (Saluda con el sombrero.) Adios, ma-ma-marquesa.

CABALLERO. Gracias á Dios que encuentro una silla!... (Coge la de Izaguirre y se la lleva.)

IZAGUIRRE. Qué mujer tan hermo-mo-mo-osa! (Va á sentarse y cae al suelo.)

SEÑORA y BRIGAD. Ay! (Pasa la estudiantina.)

POLICARPO. (Gritando á los estudiantes.) Eh! Eh!! Los de la Intrépida!! (Váse corriendo tras ellos.)

MUTACION.

CUADRO UNDÉCIMO.

RISAS Y LÁGRIMAS.

Sotabanco en casa de D. Pedro. Dos puertas al foro y una á la izquierda. En el bastidor de la izquierda una mesita sobre la cual hay una palmatoria con pantalla. Está oscura la escena al hacerse la mutacion.

ESCENA PRIMERA.

D. PEDRO y CONSUELO, que entran por el foro derecha.

CONSUELO. Venga un fósforo, abuelito.
PEDRO. Espera, muchacha, espera.
¿Dónde he puesto yo la caja?
CONSUELO. Es que tengo una impaciencia...
PEDRO. Aquí está: ten. (Pobrecilla!
(Enciende Consuelo un fósforo y con él la vela.)
Gozo viéndola contenta!)
CONSUELO. No merecemos que Antonio
nos perdone tal ofensa!
PEDRO. El bueno perdona siempre.
CONSUELO. Sí, pero y si no volviera!...
PEDRO. Ya has oido lo que ha dicho
Nicolasito; esas pruebas
con las cuales él podría
justificar su inocencia
se las entregó al banquero,
y mientras no se las vuelva
—yo lo comprendo muy bien—
no querrá venir sin ellas.
CONSUELO. Como ayer le recibió
usted con tanta dureza...
PEDRO. Hija, si con el anónimo

estaba de una manera!...
Y tú tambien.
CONSUELO. Es verdad.
PEDRO. Tenemos la culpa á medias.
CONSUELO. Por Dios, vaya usted á verle!...
PEDRO. Á su casa no; pudiera
encontrarme con la tal
Marcelinita, y al verla
no respondo de no hacer
un disparate con ella.
CONSUELO. Demos su infamia al olvido,
que harto castigada queda.
Yo voy á escribir á Antonio.
PEDRO. Eso! Ponle cuatro letras
en tu nombre y en el mio
y dile que por Dios venga,
que estábamos obcecados,
que ha sido una ligereza,
que hemos sido dos imbéciles;
en fin, lo que te parezca.
CONSUELO. Sí, yo sabré disiparlo
si algun rencor nos conserva.
(Váse lateral izquierda.)

ESCENA II.

D. PEDRO.

Pobre Antonio! No hay disculpa!
Juzgarle de esa manera!...
Yo no sé cómo ha tenido
para sufrirnos paciencia!
Qué duro estuve con él!
Deseando estoy que vuelva
para decirle.—Anda; dame
un bofeton por babieca!
—Álguien sube!—Si será?...

Veré... (Al foro.) Dios mio! Que sea!
(Sale, entrando á poco.)

ESCENA III.

DICHO, D. POLICARPO, ANTONIO.

PEDRO. (Dentro.) Antonio! Antonio!
ANTONIO. (Id.) Abuelito!
POLICARPO. (Id.) Ya se acabaron las penas!
Así! Abrazarse! Abrazarse!
(En la puerta del foro.)
(Si el pobre viejo supiera!...)
PEDRO. (Entrando abrazado á Antonio.)
Estoy confuso... humillado!...
ANTONIO. Por Dios!
PEDRO. No hay que darle vueltas!...
No merecemos perdon
por esa infame sospecha!
Pensar que nos engañabas!
Dar crédito á tal vileza...
cuando eres...
ANTONIO. ¡Basta por Dios! (Le abraza.)
PEDRO. Sí, hijo mio! Aprieta! aprieta!
POLICARPO. Diga usted, y para mí
no hay un saludo siquiera?
PEDRO. Ay, señor don Policarpo!
(Éste le da la mano sin desembozarse.)
perdone la inadvertencia,
pero yo con estas cosas
he perdido la cabeza!
ANTONIO. Y Consuelo?
PEDRO. Está allá dentro.
Se va á poner más contenta!...
Ha ido á ponerte una carta
suplicándote que vengas.
No esperaba la infeliz...
POLICARPO. Esto es lo que ella no espera.

Mire usted:—le traigo el mene!
(Desembozándose y presentando el niño.)

PEDRO. Déjeme usted que lo vea!
Es un muchacho monísimo! (Lo coge.)

POLICARPO. Es un rollo de manteca!
Desde que está con nosotros
ha engordado libra y media!

PEDRO. Toma, que viene Consuelo.
(Dando el niño á Antonio.)
Ocúltate y que no sepa
que estais ni tú ni el chiquillo.
Verás, verás qué sorpresa!

ANTONIO. (No hable usted de lo que ocurre.) (Á D. Policarpo.)

POLICARPO. (Déjelo usted de mi cuenta.)
(Váse Antonio foro izquierda.)
(Poco he de poder, ó todo
hoy mismo arreglado queda!)

ESCENA IV.

DICHOS y CONSUELO con la carta.

CONSUELO. (Á ver qué dice el abuelo.
Creo que está bien así.)
Don Policarpo! Usté aquí?

POLICARPO. Muy buenas noches, Consuelo.

CONSUELO. Y Antonio?

POLICARPO. Qué digo yo? (Á D. Pedro.)

CONSUELO. No viene?

POLICARPO. En casa ha quedado.
Está muy incomodado!

PEDRO. Dice que no vuelve.

CONSUELO. No?

PEDRO. Pero ya volverá!

POLICARPO. Sí!
(Viendo á Antonio que se asoma á la puerta sin que le note Consuelo.)

PEDRO. Á ver lo que le has escrito!

POLICARPO. Léalo usted, Consuelito.
CONSUELO. Se va usté á burlar de mí.
POLICARPO. Burlarme!
CONSUELO. En fin, lo leeré.
Yo le digo... tonterías...
Ya ve usted, son cosas mias...
Por Dios, no se ria usté! (Lee.)
—«La Providencia ha querido
en su infinita bondad
que hoy, Antonio, haya sabido
con júbilo la verdad
de todo cuanto ha ocurrido.
Si ciega te juzgué infiel,
la incertidumbre cruel
de que te suplique en vano,
hace que tiemble mi mano
posada sobre el papel.
Conozco la noble accion
que ha dado injusta ocasion
á mi proceder ligero,
y hoy más que nunca te quiero
con todo mi corazon.
No sabes lo que sufrí!
No sabes cuánto lloré!
y aun viéndote junto á mí
nunca me perdonaré
haber dudado de tí.
Da mi torpeza al olvido,
que por grande que haya sido
la culpa de haber dudado,
de seguro la han borrado
las lágrimas que he vertido!
Vuelve, vuelve por favor
á concederme tu amor
que era toda mi alegría,
y no me guarde rencor
tu alma que es el alma mia!...»

ESCENA V.

DICHOS y ANTONIO, que ha oido todo lo anterior desde la pnerta.

ANTONIO. Consuelo! (Abrazándola.)
CONSUELO. Antonio! Tú aquí!
PEDRO. Sí, hija, sí, todo lo ha oido!
Los tres lo hemos prevenido
para sorprenderte así.
ANTONIO. Basta ya de ceño adusto!
CONSUELO. Renace en mi alma el contento!
POLIRARPO. Don Pedro, oiga usté un momento.
(Le vuelve de espalda á donde están Consuelo y Antonio.)
(Que se abracen á su gusto!)
ANTONIO. Dudabas de mi cariño!
CONSUELO. Fué un indisculpable error!
PEDRO. Pues no sabes lo mejor.
CONSUELO. Qué?
PEDRO. Que te ha traido al niño!
CONSUELO. De veras?
ANTONIO. Te alegras, eh?
PEDRO. En dónde está ese inocente?
ANTONIO. Durmiendo tranquilamente
sobre la cama de usté.
CONSUELO. De mi amor en los excesos
turbaré su dulce calma!
Pobre niño de mi alma!
Voy á comérmelo á besos!
Antonio! Desde este dia
seré su madre! Angelito!
Don Policarpo! Abuelito!
Estoy loca de alegría! (Váse.)

ESCENA VI.

DICHOS, ménos CONSUELO.

ANTONIO. Me hace daño su contento!

PEDRO. Cómo?

ANTONIO. (¡Lo debe saber!) (Á D. Policarpo.)

PEDRO. Eh!

ANTONIO. Todo esto puede ser
felicidad de un momento.

PEDRO. Qué dices?

ANTONIO. Que quizá yo
muera mañana...

PEDRO. Dios mio!

ANTONIO. Hay pendiente un desafío.

PEDRO. Eso no es posible, no!
No renueves mi amargura!
Quién es el hombre que ha osado?...

POLICARPO. Es el padre despiadado
de esa pobre criatura.

ANTONIO. Exige reparacion
de la ofensa recibida,
y no me niego en mi vida
á dar tal satisfaccion.

PEDRO. Pero acaso habrá algun medio
de evitar...

ANTONIO. Es imposible!

PEDRO. Pero ese duelo es horrible!

ANTONIO. No hay remedio!

POLICARPO. Si hay remedio!
Á mí se me ocurre un modo!

PEDRO. Cuál es?

POLICARPO. Á decirlo voy.
Al fin y al cabo, yo soy
el responsable de todo.

ANTONIO. Usted!

POLICARPO. Sí señor; yo fuí
quien las pruebas le dió á usté.
Yo de todo me enteré:
yo todo lo descubrí.
Nadie sabía la historia,
y á no haberla yo contado

todo queda en tal estado
y aquí paz y despues gloria.
Por mí pasa lo que pasa,
pues agravé la cuestion
gritando en la reunion:
«yo tengo el chiquillo en casa!»
sin cuya prueba quizás
no habría el lance pendiente,
y yo soy por consiguiente
quien á ese hombre ofendió más;
por lo cual despues de aquel
escándalo que se dió,
lo justo es que sea yo
el que se bata con él.

ANTONIO. Qué locura!

POLICARPO. Yo me ofrezco
porque es un deber en mí.

ANTONIO. Basta: ya le comprendí
y la intencion le agradezco.

POLICARPO. Piense usted lo grave que es;
si usted muriera... ¡por Dios!
¿qué sería de estos dos?
Mejor dicho: de estos tres!
No viven sin su cariño...

ANTONIO. Me suplica usted en vano!

POLICARPO. Lo pido por este anciano,
por Consuelo... por el niño!

ANTONIO. Basta: no sea usted loco!
Es un proyecto insensato!

POLICARPO. (No, pues si yo no me bato
tú no te bates tampoco.)

PEDRO. Darme sin duda no quiere
la dicha completa el cielo! (Llorando.)

ANTONIO. Por Dios, que viene Consuelo:
silencio: que no se entere!

ESCENA VII.

DICHOS, CONSUELO.

CONSUELO. Criatura más hermosa!
Antonio!—Vírgen bendita!
Qué ojos tiene y qué boquita!
Si es un capullo de rosa!
Comprendo lo que le quieres;
mis besos le despertaron
y sus ojos me miraron
como diciendo:—¿quién eres?
—Cálmate!—le respondí;
no te asustes, si soy yo!
Entónces se sonrió
y en mis brazos le dormí.
Ah! Yo le juro sin tasa
consagrarle mi cariño.
Óyelo bien: ese niño
ya no sale de esta casa.
¿Verdad que no le dejamos? (Á D. Padro.)
PEDRO. Sí, los dos le cuidaremos.
ANTONIO. (Gracias!) (Ap, á D. Pedro.)
POLICARPO. (Ya es tarde. Marchemos,
don Antonio!) Vamos?
ANTONIO. Vamos!
CONSUELO. Cómo! Tan pronto te vas?
ANTONIO. Sí; me esperan... necesito...
CONSUELO. Mañana ven tempranito.
ANTONIO. (Vamos, que no puedo más!) (Á Policarpo ap.)
POLICARPO. (Me da pena la infeliz!)
PEDRO. (Por Dios, hijo!)
ANTONIO. (Calle usté!)
POLICARPO. (Esto es lo mejor; iré
á ver al señor Ortiz.
Quizá podamos los dos...)

Buena noche. (Pobre anciano!)

CONSUELO. Hasta mañana temprano.

ANTONIO. Sí! (Quién sabe!) Adíos!
(Dando la mano á Consuelo. Abrazando á D. Pedro con el cual llega hasta el foro.)
Adios... (Vánse D. Policarpo y Antnoio.)

ESCENA VIII.

D. PEDRO, CONSUELO.

CONSUELO. Llora usted?

PEDRO. Sí... de alegría... (Conteniéndose.)

CONSUELO. La desgracia huyó de aquí!
Ya somos dichosos!

PEDRO. Sí!...
Muy dichosos, hija mia!
(La abraza y vánse juntos puerta lateral izquierda.)

MUTACION.

CUADRO DOCE Y ULTIMO.

¡VIVA D. POLICARPO!

Alameda de la Moncloa. En tercer término un carruaje y otro en el último. Está amaneciendo.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, FRASQUITO y ESTUDIANTE 1.°; MEDINA, GONZALITO y un CABALLERO forman los dos grupos que están indicados. El de Antonio y sus padrinos ocupa el tercer término.

FRASQUITO. (Ánimo por Dios, Antonio!)

ANTONIO. (No temas, estoy tranquilo.)
(Se retira Frasquito.)

MEDINA. (Hoy la muerte para mí
sería el menor suplicio!)

FRASQUITO. Señores, el tiempo pasa.

GONZALITO. (Yo creo que los padrinos
nos hemos puesto muy cerca.
Pudiera haber un descuido...)
(Retirándose más.—Antonio y Medina que, tienen las pistolas en la mano, se colocan convenientemente y á distancia que se supone de veinte pasos.—Le toca tirar á Medina.)

FRASQUITO. (Dando las palmadas á tiempo.)
Una!... Dos!...

ESCENA II.

DICHOS, D. POLICARPO y el INSPECTOR, luégo D. PEDRO, NICOLÁS y ESTUDIANTES.

POLICARPO. (Por el foro precipitadamente.)
Alto, señores!

TODOS. Eh!

FRASQUITO. Don Policarpo!

POLICARPO. El mismo!
Adelante todo el mundo!
(Llegan D. Pedro, Nicolás y Estudiantes.)

ANTONIO. Qué es esto! Usted!...

PEDRO. Hijo mio! (Se abrazan.)

ESTUDIANTES. Antonio!

NICOLAS. Aquí estamos todos!

FRASQUITO. Yo no lo sabía, chico! (Á Antonio.)

MEDINA. Me había usted preparado
una emboscada!... Es indigno!...

ANTONIO. Supone usted!... Yo ignoraba...
Le juro...

POLICARPO. Basta: yo he sido

el que todo lo ha dispuesto,
y usted se aguanta y chitito. (Á Medina.)
—Este es el señor Medina,
señor Inspector.

MEDINA. (Dios mio!)
Yo soy... (El Inspector le da un pliego á Medina.)

POLICARPO. Lea usté este pliego,
que es para usted.

MEDINA. No me explico...

POLICARPO. Ya se irá usted enterando.

MEDINA. (Despues de leer.)
(Mi extradicion! Me he perdido!)

CABALLERO. Qué es esto?

MEDINA. Un error sin duda...

POLICARPO. Ya sabe usted lo que ha dicho
el señor juez: á la cárcel. (Al Inspector.)

INSPECTOR. Sígame usted. (Á Medina.)

MEDINA. Ya le sigo.

GONZALO. (Yo, por si acaso, me escurro.)
(Se esconde detrás de un árbol.)

MEDINA. Nos veremos, señor mio!... (Á Antonio.)

POLICARPO. Sí, sí! Dentro de veinte años,
cuando salga de presidio.

INSPECTOR. Vamos!

MEDINA. Vamos! (No hay remedio!)
(Vánse Medina, el Inspector y el Caballero.)

ESCENA III.

DICHOS, ménos los indicados.

GONZALO. Pero ha visto usted qué pillo?...
(Indicando á Medina.)
(Á D. Policarpo.)

POLICARPO. Quitese usted de delante,
monigote!
(Haciendo el movimiento de pegarle un puntapié.)

GONZALO. Me retiro!...

no quiero que haya por m
otro nuevo desafío! (Váse.)

ESCENA FINAL.

DICHOS, ménos GONZALITO.

POLICARPO. Qué peso se me ha quitado
de encima, don Antoñito!

ANTONIO. Pero ¿quiere usté explicarme?...

POLICARPO Pues hombre, es lo más sencillo...
Aquí donde usted me ve,
todavía no he dormido.
El señor Ortiz y yo
toda la noche anduvimos
visitando personajes,
embajadores, ministros,
el gobernador, el juez...
Jesús! Lo que hemos corrido!...
Pero al cabo felizmente
en la embajada supimos
que del Brasil reclamaban
á Fernando Valdespino;
les presentamos las pruebas
de que Medina era el mismo;
y mientras Ortiz y el juez
arreglaban lo preciso,
me fuí al baile de la Alhambra
para avisar á estos chicos
y luégo á ver á Don Pedro
y al Inspector del distrito,
y con la órden de prision
apresurados vinimos;
y aquí tiene usted la historia
de todo lo que ha ocurrido.

ANTONIO. Qué bueno es usted!

FRASQUITO. Si vale

más pesetas este tio!
Que viva Don Policarpo!

TODOS. Viva!

POLICARPO. (Ni sé cómo vivo!)

FRASQUITO. Queda usted nombrado en vista
de los notables servicios
que hoy ha prestado á la Intrépida...

POLICARPO. Qué?

FRASQUITO. Nuestro padre adoptivo.
Se aprueba?

TODOS. Aprobado.

POLICARPO. Gracias,
muchas gracias, hijos mios!

ANTONIO. Vamos á ver á Consuelo.

POLICARPO. Mañana boda y bautizo.

PEDRO. Mil gracias don Policarpo.

POLICARPO. Venga un abrazo, abuelito.
Y quiéranme ustedes mucho,
que es todo lo que yo ansío.
(Abrazando á D. Pedro y á Antonio.)

ANTONIO. Vamos ya!

FRASQUITO. Llevarle en triunfo!
Arriba con él, amigos!
(Cogen y levantan en hombros dos estudiantes á D. Policarpo.)

NICOLAS. Cuidado que en la ovacion
no le rompais el bautismo.

FRASQUITO. No hay cuidado.

POLICARPO. (Pues no estoy
llorando como un chiquillo!)
Jóvenes, sed buenos siempre,
que hay un premio y un castigo!
(Rompe en la orquesta el pasa-calle estudiantil. Antonio da el brazo á D. Pedro y desfilan todos dando vivas á D. Policarpo.)

FIN.